

Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930.

Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil

Ricardo Pasolini

Ricardo Pasolini es Profesor del Instituto de Estudios Histórico-Sociales «Juan Carlos Grosso» de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Tandil, Argentina.
E-mail: lafamilia@ciudad.com.ar

El autor agradece el apoyo brindado por los profesores Fernando Devoto y Pilar González Bernaldo, así como también la asistencia del Programa de Cooperación Científica ECOS Sud, mediante la cual desarrolló tareas de investigación en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine de la Université de Paris X (Nanterre) durante los años 2000 y 2001.

Resumen

El artículo estudia la relación entre los intelectuales antifascistas argentinos de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (1935-1943), y su influencia en la constitución de un clima de opinión política que articuló tradición liberal, comunismo y exaltación de la URSS como modelo de organización social.

Este espacio cultural –con su centro en Buenos Aires– integró también otros ámbitos provincianos, como el caso del Ateneo de Cultura Popular de Tandil, a partir de los cuales se incorporaron muchos intelectuales menores y aspirantes a escritores, quienes hicieron sus primeros pasos en el ámbito de la cultura letrada.

El artículo muestra la relación entre un centro cultural y su periferia, la especificidad de cada ámbito cultural y el funcionamiento de la red personal que permitió la circulación de mensajes ideológicos y políticos. En términos de una periodización más amplia, se señala también el peso de la etapa antifascista en la constitución de la identidad política de los intelectuales comunistas argentinos.

Summary

The article studies the relationship between the Argentine antifascists intellectuals belonging to the Association of Intellectuals, Artists, Journalists and Writers (AIAPE, 1935-1943) and their influence in the constitution of a climate of political opinion that combined liberal tradition, communism and exaltation of the Union of Socialist Soviet Republics (USSR) as a model of social organization.

This cultural phenomenon –with its core in Buenos Aires City– also included other provincial circles such as the Popular Culture Athenaeum of Tandil. From this place, many minor intellectuals and writer applicants made their first steps in the erudite culture scope.

The article shows the relationship between a cultural center and its periphery, the specificity of each cultural circle and how a personal network that allowed the circulation of ideological and political messages worked. In terms of a longer periodization, it point out the importance of the antifascist period in the development of the political identity of the Argentine communists intellectuals.

INTRODUCCIÓN

Me propongo presentar aquí algunos elementos que nos permitan pensar el fenómeno del antifascismo en Argentina –al menos una vertiente de él– no ya como región subsidiaria de otras problemáticas sino como entidad histórica particular. La hipótesis de partida es que a mediados de la década de 1930, mediante un compuesto de ideas que articuló novedad europea con tradición liberal local y marxismo, la experiencia de la cultura antifascista generó un clima de opinión que se convirtió en una potente y perdurable mirada sobre el proceso histórico y político argentino. Fuertemente impactada por los gobiernos de Uriburu y Justo, esta «sensibilidad antifascista» articuló un corpus de ideas-fuerza que impuso límites a la variabilidad de las interpretaciones de la experiencia política argentina, la más visible sin duda es la percepción dominante del fenómeno peronista como una variante del nazifascismo. Pero también, durante la década de 1930, el tópico de la defensa del sistema republicano, de la política inmigratoria no restrictiva y de la exaltación de la URSS como modelo de desarrollo social. Por otro lado, la cultura antifascista fue también una red de relaciones sociales y una red institucional que se organizó a partir de un tejido de centros culturales, ateneos y bibliotecas –una característica muy propia del período de entreguerras–, esto es, una compleja sociabilidad mediante la cual se vehiculizaron los mensajes que contenían su práctica ideológica-cultural. Como una década atrás lo había sido la adhesión de los escritores de Boedo a la Revolución Rusa como tipo ideal de emancipación social del artista, el antifascismo fue el tópico a través del cual no pocos aspirantes a intelectuales, muchos de ellos del interior del país, hicieron su ingreso al mundo de la vida cultural, constituyendo así una densa red de relaciones que pervivió al menos hasta el quiebre, en 1957, de uno de los polos de la alianza antifascista original: la Unión Cívica Radical.

Dada esta hipótesis, he incorporado en el análisis los casos de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943) de Buenos Aires y el Ateneo de Cultura Popular de Tandil (1935-1936), una ciudad intermedia de la provincia de Buenos Aires. De este modo, Buenos Aires y Tandil, aparecerán aquí como espacios sociales y culturales claramente diferenciados, en donde es posible advertir además de un corpus de significaciones comunes, un conjunto de operaciones discursivas específicas que permite componer una imagen de la experiencia antifascista, al menos un tanto más compleja que aquella que presenta el fenómeno del antifascismo como una exclusiva e instrumental respuesta del Komintern, ante el advenimiento del nazismo.¹

¹ François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*, Paris, Éditions Robert Laffont, 1995, passim. (En especial, los capítulos VII y VIII)

EL ANTIFASCISMO COMO PROBLEMA

En Argentina, la experiencia del antifascismo pareciera un «no acontecimiento». No sólo porque el problema del antifascismo ha estado ausente en las preocupaciones de la historiografía política local, sino porque aun en la memoria de las familias políticas y culturales que generaron, se asociaron, o dinamizaron los tópicos del antifascismo durante la entreguerra (radical, socialista y comunista), esta manifestación se presenta en un nivel de secundariedad respecto de otros procesos en los que el papel de los partidos políticos, o bien, de las organizaciones obreras, juega un rol preponderante en la construcción de las identidades políticas. Así, el antifascismo como tópico periférico en la memoria política derrota a lo que en él hubo de clima de época.

Sin embargo, este «antifascismo olvidado» por la historiografía y la cultura política aun de cierta izquierda, se presenta con vigor cuando la mirada del historiador se posa sobre los documentos de época, en particular de la década de 1930, y se observa la difusión de un fenómeno que pareciera atravesar innumerables experiencias asociativas de carácter intelectual u obrero, y que articula espacios sociales y regionales muy vastos en su extensión, de manera tal que pareciera más pertinente aquí hablar de una red antifascista. En efecto, los tópicos del antifascismo se expresan en innumerables experiencias políticas y culturales, a veces como estrategias políticas que esconden en el marco de la alianza de clases un clasismo residual pero aún activo, como es el caso del Comité Central del PCA que en 1938 evaluó que el fracaso en la constitución del Frente Popular local se debió a errores tácticos propios, pues el partido no había hecho de «la lucha por las reivindicaciones económicas y políticas de las masas el centro de su trabajo cotidiano y de su actividad electoral», e invitó a un fortalecimiento de las posiciones clasistas.² Otras veces, como afectividad ideológica, es decir, como sensibilidad política que recorre una amplia gama de significaciones en un contexto en que la política argentina se «internacionaliza», en la medida en que las referencias a modelos de organización social y política externos se vuelven moneda corriente en las ficciones orientadoras del destino de la nación, de allí el interés suscitado tanto por el fascismo como por el comunismo, de allí también la percepción a partir de 1935 de que el conflicto fascismo-antifascismo se dirime tanto en cada una de las naciones europeas como en la Argentina.³

² Cf. «La actividad del PC en el año 1937 y sus tareas inmediatas», 16/02/1938. Archivo General de la Nación, Fondo Partido Comunista Argentino (IC y su relación con el PC de la Argentina, 1921-1940), Sala VII, legajo 13, N° 3360.

³ Son innumerables los folletos y ediciones que señalan el peligro

de la expansión comunista o su equivalente fascista. Al respecto, cf. Roberto E. Nieva Malaver, *El comunismo en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Serrano, 1937; y *Las democracias americanas en peligro*, (Amplia documentación probatoria de la penetración nazi), Buenos Aires, Ediciones Alerta, 1938.

De este modo, no sólo la Guerra de España impactará en amplios sectores de la opinión pública argentina constituyendo nuevas formas de solidaridad internacional contra el fascismo (que en un extremo alcanza a manifestarse en el número de voluntarios locales en las brigadas internacionales en España,⁴ cerca de 500), sino también una serie de «acontecimientos claves» que movilizan –desde la lucha en contra del antisemitismo y de la política inmigratoria restrictiva del gobierno de Justo hasta las respuestas locales frente a la muerte de Henri Barbusse y el asesinato de los hermanos Rosselli, líderes en el exilio del movimiento antifascista italiano Giustizia e Libertà–, un amplio abanico de experiencias asociativas culturales u obreras, la creación de publicaciones periódicas en la clave del compromiso político y la actividad de ciertos partidos políticos, que comienzan ahora a articular desde sus dinámicas y tensiones internas el problema del antifascismo.⁵

De algún modo, la situación del «olvido» obliga a la pregunta acerca de las razones de la ausencia de un fenómeno que suscitó en los actores tanto entusiasmo y espíritu de sacrificio, pero también remite a la sospecha de que en el caso de este objeto de estudio, el papel del historiador como inventor del pasado, del que hablaba Collingwood, pareciera más potente que en aquellos temas donde el peso de la tradición historiográfica coloca un conjunto dado, aunque no inmóvil, de problemas y métodos de abordaje. En este sentido, la ausencia de obras de síntesis al respecto se convierte en un límite.

Salvo en la historiografía italiana, donde el antifascismo ha sido asociado con la historia de la nación, no son muchas las obras que se han interrogado sobre este objeto, quizás porque la propia definición de «antifascismo» agrega una dificultad adicional. En un trabajo pionero, Jacques Droz señaló que uno de los problemas en el estudio del antifascismo residía en que aún no existía entre los historiadores un consenso acerca de su naturaleza, en parte porque la derrota del fascismo clásico promovió una construcción de la legitimidad política de los nuevos poderes, que se fundó en el peso relativo de los diversos componentes políticos en el proceso de resistencia. Por ejemplo, mientras que para los historiadores de la República Federal Alemana, hasta la década de 1960 el antifascismo sólo tuvo interés en la medida en que explicaba el 22 de junio de 1944, para los de la República De-

⁴ AA.VV., *Le Brigate Internazionali. La solidarietà dei popoli con la Repubblica Spagnola, 1936-1939*, Milano, La Pietra, 1976, pp. 38-39 y 40-41. Cf. Victor Trifone y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina, 1936-1939*, Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. 84 y ss.

⁵ Sobre el antifascismo del *Colegio Libre de Estudios Superiores*; la revista de intelectuales radicales *Hechos e Ideas* y su relación con

los intelectuales judeo-italianos exiliados en Argentina, Cf. Ricardo Pasolini, «Exil italien et antifascismes dans l'Argentine pendant les années trente: la place des intellectuels», Fernando Devoto et Pilar González Bernaldo, *Emigration politique. Une perspective comparative. Espagnols et italiens en France et en Argentine, XIXe-XXe siècles*, Paris, l'Université Paris 7 Denis Diderot/CEMLA/L'Harmattan, 2001, pp. 171-199.

mocrática Alemana, la atención dirigida durante mucho tiempo solamente al estudio de la resistencia comunista constituyó uno de los pilares de la exaltación de los títulos de gloria en la imagen propia del nuevo régimen.⁶ El lugar ocupado por el antifascismo según la experiencia de las naciones impactadas o no por el fascismo durante la entreguerra, y el peso «moral» de la misma en la comunidad de historiadores, determinaron una construcción mítica del antifascismo.

Una segunda dificultad reside en la complejidad de las tendencias que se articulan bajo el término de antifascismo. En efecto, en tanto fenómeno de resistencia, el antifascismo supuso una definición del fascismo a menudo contradictoria, confrontó con él y en algunos casos y por razones de diversa índole, siguió el destino de los enemigos políticos que pretendía derrotar, observando en el fascismo capacidades innegables de transformación social. Un ejemplo de esta alternativa lo representa el caso de Mario Bergamo, ex-líder del Partido Republicano Italiano, quien desde el exilio parisino a mediados de la década de 1930, propuso una lectura elogiosa del componente emancipatorio del mussolinismo. La crítica interna al movimiento antifascista italiano en el exilio –que era una crítica a la esterilidad política de la Concentrazione antifascista como reedición del Aventino–⁷ dio paso en él a un intento de intervención en el debate interno del fascismo, facilitado por las conexiones de preguerra con el Duce y por el uso instrumental que el propio Mussolini hizo de las tensiones que, a partir de Bergamo, el campo antifascista italiano en el exilio evidenciaba.

Inicialmente, el ex-republicano participó en modo beligerante en el núcleo del fuoriuscitisimo parisino, pero a partir de 1933 comienza a concebir el antifascismo fundamentalmente como respuesta a una dictadura que olvidaba sus intenciones originales de transformación social en clave revolucionaria, y en este sentido fue portavoz de sí mismo hasta su expulsión de los grupos antifascistas y la soledad política.⁸ Si Bergamo puede aparecer como un caso extremo –el otro podría expresarse en el itinerario de Angelo Tasca, miembro fundador del Partido Comunista Italiano que finalmente se convierte en personal político del régimen de Vichy, luego de un paso más o menos exitoso por la SFIO–,⁹ el mismo da cuenta de la variabilidad de experiencias que se disimulan bajo el término antifascismo.

⁶ Jacques Droz, *Histoire de l'antifascisme en Europe, 1923-1939*, Paris, Éditions La Découverte, 1985, pp. 8 y ss.

⁷ En junio de 1924, inmediatamente después del asesinato de Matteotti, gran parte de los diputados de la oposición abandonaron los trabajos parlamentarios en señal de protesta. La crítica de Bergamo a la *Concentrazione* se fundaba en la defensa que esta institución hacía del sistema político prefascista, basado en el parlamentarismo.

⁸ Cf. Bruno Tobia, «l'novissimi annunci di Mario Bergamo. Dall'antifascismo critico alla critica del fascismo», en: *Scrivere contro. Ortodossi ed eretici nella stampa antifascista dell'esilio, 1926-1934*, Roma, Bulzoni editore, 1993, pp. 203 y ss.

⁹ Cf. Jean-Pierre Azéma, «Le régime de Vichy», en: Jean-Pierre Azéma et François Bédarida (dirs.), *La France des années noires*, t.1, *De la défaite à Vichy*, Paris, Éditions du Seuil, 1993, p. 165.

Esta característica del fenómeno ha llevado recientemente a una discusión en la que la noción de «antifascismos» se presenta como una herramienta conceptual más fecunda para dar cuenta de la diversidad de un fenómeno en principio global pero de incitaciones múltiples, actores diversos y temporalidades que exceden la experiencia histórica del fascismo clásico, más allá que su interés principal resida en el estudio de la definición ideológica de las organizaciones políticas antifascistas (comunistas, socialistas, socialistas liberales, Partito d'Azione, etc.).¹⁰

En alguna medida, esta renovación es menos sensible en Italia, por un lado, porque en su mayoría son los historiadores próximos a los partidos políticos de izquierda quienes han estudiado el papel jugado por sus organizaciones en la resistencia antifascista. Por otra parte, porque los actores del debate se hallan también más allá del campo historiográfico.¹¹ En este sentido, la historiografía italiana parece ser más rica y abundante que otras sobre el fenómeno antifascista porque el antifascismo está asociado a la historia política, social y cultural del siglo XX italiano en la clave de una historia nacional, que en términos generales reconoce incluso en la Resistencia antifascista el origen de la República italiana de dopoguerra, (es decir, la Constitución y el sistema político de posguerra como herencia del antifascismo),¹² pero por esa misma razón no deja de escapar a los vaivenes de la puja política entre las actuales fuerzas de «centro diestra» y «centro izquierda»; como tampoco a la pervivencia más o menos instrumental de las identidades políticas en pugna durante el período de entreguerras.¹³ Para el caso, cabe citar como ejemplo ilustrativo que revisa esta ironía croceana de la eterna contemporaneidad de la historiografía italiana sobre el antifascismo, el reciente libro del autor Leonardo Rapone, *Antifascismo e società italiana (1926-1940)*, una puesta al día de la historiografía sobre el antifascismo. Rapone plantea la necesidad de una profunda renovación conceptual que lleve a considerar a los antifascistas como hombres de su tiempo y no como precursores del destino

¹⁰ Bruno Groppo, «La spécificité de l'antifascisme de Carlo Rosselli dans le contexte de l'antifascisme européen», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, N° 57, Nanterre, Association des Amis de la BDIC et du Musée, janvier-mars 2000, pp. 29 y ss.

¹¹ Ver el debate generado por el estudio del historiador Angelo d'Orsi, *La cultura a Torino tra le due guerre* (Torino, Giulio Einaudi Editore, 2000), donde se muestra al mundo del antifascismo turinés en actitudes hacia el fascismo no siempre consecuentes con la mitología del Partito d'Azione creada *a posteriori*. Cf. «L'azionismo, una storia da non strumentalizzare. D'Orsi: *Sbaglia chi lo sacralizza, ma anche chi ne amplifica i peccati per demolire l'antifascismo*», *Corriere della Sera*, giovedì 25 maggio 2000, p. 23.

¹² Sandro Guerrieri, «Le idee costituzionali del PCF e del PCI all'indomani della Liberazione», *Studi Storici* 3, luglio-settembre, 1995, *passim*.

¹³ «[...] Ancora oggi, a tanti anni dai fatti, e nonostante che i protagonisti siano morti o talmente vecchi da avere altri pensieri, ogni volta che si pronuncia la parola *antifascismo*, quasi per incanto l'uditorio si divide in due fazioni pronte a litigare ... Una serata fra amici, se la conversazione langue, c'è un solo modo per animarla: buttare lì la parolina magica *antifascismo*». Vittorio Feltri, «La religione antifascista», en: Furio Colombo y Vittorio Feltri, *Fascismo, antifascismo*, Milano, Rizzoli, 1994, p. 64.

político futuro de Italia. El problema que intenta exponer es el de los mecanismos por los cuales se vehiculiza la confluencia entre cultura política antifascista y democracia como sistema de gobierno.¹⁴ A mi juicio, lo más interesante de su balance es el modo en que complejiza el problema: para el caso italiano, el antifascismo no puede ser pensado lejos de la experiencia concreta del fascismo y sus períodos de mayor y menor consenso en la población italiana. Es decir, las formas que asume la resistencia antifascista resultan una variante según el grado de beligerancia y consenso de la política fascista.

Otro de los elementos que considera para el caso italiano pero que no es nuevo, es la desigual periodización del fenómeno antifascista según sus manifestaciones nacionales y regionales. Para Jacques Droz, el período 1923-1939 resume una unidad que se inicia con las primeras manifestaciones de resistencia al régimen y se cierra con ese «drame de conscience» que significó el pacto germano-soviético, el que de algún modo descolocó de la alianza a los partidos comunistas europeos.¹⁵ Para el caso italiano, Rapone incluye una periodización que distingue un momento de antifascismo afectivo, de oposición al régimen pero no organizado, de otro convertido en fuerza política a partir de los sucesos del 8 de setiembre de 1943.¹⁶

Para el caso argentino cabría preguntarse hasta qué punto el fenómeno antifascista pervive como manifestación residual pero pasible de ser aprehendida operativamente, más allá de su instancia organizativa inicial, en la medida en que el antifascismo como sensibilidad ideológica parece un tópico recurrente en la opinión pública opositora al fenómeno peronista, y es un elemento discursivo muy potente en el derrocamiento del gobierno de Perón en 1955. En este sentido, es posible que las nociones antifascistas trasladaran su significación hasta acotarlas en la clave del antiperonismo, en un contexto en que el fascismo era derrotado en el plano internacional. (Se recordará que fue muy común en la época inicial del peronismo, la recurrencia a la metáfora del «nuevo» eje Madrid-Buenos Aires). Quizás en esta traslación del significado se encuentre parte de las razones del olvido historiográfico del que hablé inicialmente.

Así todo, el antifascismo entendido como un conjunto de experiencias culturales y políticas que movilizaron y constituyeron unas sensibilidades ideológicas¹⁷ particulares, pudo constituirse en una potente fuerza de resistencia –en algunos

¹⁴ Leonardo Rapone, *Antifascismo e società italiana (1926-1940)*, Milano, Edizioni Unicopli, 1999, pp. 7-34.

¹⁵ J. Droz, op. cit.

¹⁶ Rapone devalúa el peso de los antifascismos italianos en el exilio, pero el caso del grupo de exilados de *Giustizia e Libertà* de Carlo Rosselli, representa una claro ejemplo de influencia ideológica y organizativa aun en la Italia del régimen. Cf. Antonio Bechelloni la

cura di), *Carlo e Nello Rosselli e l'antifascismo europeo*, Milano, Centro Studi Piero Gobetti-Franco Angeli Editore, 2001, passim.

¹⁷ Jean-François Sirinelli, *Histoire des droites en France*, t. II, Paris, Gallimard, 1992, passim; y del mismo autor «Pour une histoire des cultures politiques: le référent républicain», en: Daniel Cefaï (Sous la direction de), *Cultures politiques*, Paris, Press Universitaires de France, 2001, pp. 157 y ss.

casos en el interior de los países fascistas– que alcanzó diversas expresiones organizativas apelando a una solidaridad internacional de nuevo orden respecto del antiguo internacionalismo obrero, cuyo ejemplo más espectacular lo expresan las Brigadas Internacionales en España y los movimientos intelectuales de organización supranacional, pero que en otra dimensión se tradujeron en la mise en scène de los problemas de política interna de los países afectados, en la medida en que la amenaza de un fascismo real o imaginado, interpeló a las tradiciones políticas preexistentes sobre su proyección de futuro.

Gran parte de estos interrogantes han sido propuestos recientemente en un libro compilado por Serge Wolikow y Annie Bleton-Ruget, sobre la relación entre antifascismo y nación durante la experiencia del Frente Popular.¹⁸ La perspectiva que domina el libro podría definirse como la construcción calidoscópica de un objeto de estudio, y en este sentido, no sólo se observa una ampliación del campo histórico hacia otras dimensiones institucionales de la experiencia antifascista –el papel de la diplomacia soviética en la Guerra de España; las organizaciones internacionales de cooperación intelectual; las brigadas internacionales como «patriotismo» de los voluntarios; el socialismo y los frentes populares, el papel de la Federación de los PEN Clubes, etc.– sino también, el peso del enfoque comparativo, que pareciera definir la sensibilidad historiográfica dominante en estos estudios.¹⁹

LA ASOCIACIÓN DE INTELLECTUALES, ARTISTAS, PERIODISTAS Y ESCRITORES (AIAPE): ANTIFASCISMO Y NACIÓN

Tomando el modelo del Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes de Paris (1934-1938), el 28 de julio de 1935 en Buenos Aires, un grupo de intelectuales ligados a la esfera cultural del Partido Comunista Argentino, fundó la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). Según Raúl Larra,²⁰ quien ingresó a la AIAPE a los pocos meses de su creación, la concreción de la entidad se debió al rol preponderante que cumplieron Aníbal Ponce y Cayetano Córdova Iturburu.

Aníbal Ponce había regresado de su tercer viaje europeo en mayo de ese año,

¹⁸ Serge Wolikow et Annie Bleton-Ruget (sous la direction de), *Antifascisme et nation. Les gauches européennes au temps du Front populaire*, Université de Bourgogne, Editions Universitaires de Dijon, 1998, passim.

¹⁹ Al respecto, Cf. Michel Dreyfus et al., *Le siècle des communismes*, Paris, Les Éditions de l'Atelier-Éditions Ovrrières, 2000.

²⁰ Luego de su participación en AIAPE, Larra desarrolló una importante labor de editor en la Editorial Futuro (1943) y participó más tarde en la revista del PCA, *Cuadernos de Cultura*. Escribió novelas,

ensayos, y hasta una pieza teatral, pero se destacó fundamentalmente en el género biográfico (*Payró, el novelista de la democracia* (1938, 1952, 1960); *Lisandro de la Torre, el solitario de Pinas* (1942, 1944, 1947, 1948, 1952 y 1960); *Arti, el torturado* (1950, 1956, 1960, 1973); *Mosconi, general del petróleo* (1957, 1974, 1981); *Jorge Newbery, el conquistador del espacio* (1960, 1974 y 1975); *Savio, el argentino que forjó el acero* (1980); *El general Baldrich y la defensa del petróleo argentino* (1981). Cf. Raúl Larra, *Etcétera*, Buenos Aires, Ánfora, 1982, passim.

y había establecido allí múltiples relaciones con los intelectuales antifascistas franceses, entre ellos Barbusse, quien había posibilitado su viaje a la URSS a principios de 1935.²¹ Hacia finales de diciembre de 1934, había participado en el Congrès Mondial des Etudiants, desarrollado en Bruselas, y en abril de 1935, en un meeting representando a los intelectuales «d'Amérique du Sud», en el que se refrendó la intención de constituer una Union Internationale des Intellectuels Antifascistes, que, por un lado, agrupara a los intelectuales sin distinción de partidos, y por otro, estableciera un marco nacional para las organizaciones y un nexo internacional de los comités.²²

Por su parte, Córdova Iturburu brindaba su experiencia de animador del proyecto literario de la publicación de izquierda Nueva Revista. El primer presidente fue Aníbal Ponce, acompañado por el periodista Edmundo Guibourg, el escritor Alberto Gerchunoff y el dramaturgo Vicente Martínez Cuitiño. Lo sucedió en la presidencia el doctor Emilio Troise, quien fue reemplazado en 1940 por el doctor Gregorio Bermann. También integraron la AIAPE José Portogallo, Nydia Lamarque, Álvaro Yunque, Liborio Justo, Enrique Puccio, Luis Reissig, Sergio Bagú, César Tiempo, Bernardo Edelman, Enrique González Tuñón, Dardo Cúneo, Leonardo Staric; Rodolfo Puiggrós, Facundo Recalde, Carlos Ruiz Daudet, Alfredo Varela, Deodoro Roca, Raúl Larra y Leticia Brum, entre otros.

La AIAPE se organizó desde sus inicios según las diferentes ramas intelectuales y especializaciones. Los plásticos crearon su departamento dirigido por Lino Spilimbergo y la escultora Cecilia Marcovich, los abogados, los médicos, los pedagogos y los periodistas constituyeron también sus subcomisiones. El grupo de la Asociación Juvenil de Escritores Proletarios pasó a constituir la sección juvenil de la AIAPE. Se creó también una pequeña editorial, que publicó conferencias y folletos; y se dictaron una serie de seminarios y cursos a cargo de especialistas renombrados. En enero de 1936, la AIAPE contaba con más de 400 asociados y al año de su creación aunaba cerca de 2000:²³ había constituido filiales en Rosario, Tandil, Paraná, Corrientes, Tucumán, Tala y Crespo, además de Montevideo,²⁴ lo que fue saludado con entusiasmo por el Comité de vigilancia parisino: «En Amérique latine –escribe Vigilance–, s'est fondé sur l'initiative d'Annibal Ponce

²¹ Cf. «Murió Barbusse, el apóstol de la paz», *Crítica*, 30/08/1935.

²² «[...] Le 15 avril, au lendemain d'un important meeting contre la réaction en Espagne, s'est tenue a Paris une réunion a laquelle assistaient notamment: le Doctor Luna Ouste, président des médecins libéraux d'Espagne, le Prof. Pelsenner, Secrétaire du Comité de Vigilance Belge, Mme. Sonia Branting et le Prof. Annibal Ponce, représentant les intellectuels de Suède et d'Amérique du Sud, de meme que le Doctor Paul Rax et Léo Lambert, pour l'Autriche et

l'Allemagne». Cf. «Vers l'Union Internationale des Intellectuels Antifascistes», *Vigilance*, (Bulletin du Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes), Paris, N° 24, 15 juin 1935, p. 4.

²³ «Vida de la AIAPE», *Unidad. Por la defensa de la cultura*, año I, N° 1, enero de 1936, p. 19.

²⁴ Anibal Ponce, «El primer año de AIAPE», *Dialéctica*, N° 6, agosto de 1936.

un comité qui groupe plus de 800 intellectuels de toutes catégories, signataires d'un très beau manifeste».²⁵

Su órgano de expresión se llamó inicialmente Unidad, y en su segunda época fue reemplazado por Nueva Gaceta de aparición regular entre el 1º de mayo de 1941 y junio de 1943. En agosto de 1936, Ponce señalaba el carácter que debía asumir la institución luego de las tensiones internas del primer año de la entidad: «[...] ni partido político, ni capilla sectaria, ni tertulia de snobs, ni asociación de revolucionarios [...] Como miembro de la AIAPE o en los actos de la AIAPE, el asociado o el dirigente sólo aspira a denunciar y combatir las irrupciones del fascismo en el campo cultural que nos es propio».²⁶

Pero para el período 1941-1943, la AIAPE ya mostraba una clara hegemonía de intelectuales comunistas o compañeros de ruta, quienes luego de su etapa neutralista, recuperaron las nociones antifascistas originales. Raúl Larra, Héctor P. Agosti, Gerardo Pisarello y Arturo Sánchez Riva integraban el consejo de redacción del mensuario en esta época.

Tras el golpe militar del 23 de junio de 1943, la AIAPE fue clausurada, pero su acción cultural tuvo un impacto residual muy importante. He escrito en otro lugar acerca del peso que en la percepción del pasado y la política argentina, así como el tejido relacional que se compone en esta etapa inicial, tuvo en la constitución de una identidad comunista en muchos intelectuales, en un arco temporal que va desde mediados de los años treinta hasta los primeros setenta.²⁷

Más allá de los deseos imaginarios de los integrantes de la AIAPE, su antifascismo inicial significó menos un intento de construcción de una salida política ante lo que consideraban el avance del «fascismo criollo» –los tiempos institucionales inaugurados por el golpe de Uriburu y el fraude electoral–, que la percepción de la debilidad social y política de los intelectuales, en un contexto de internacionalización de los tópicos ideológicos en la vida política local, que definían el clima del mundo en la polarización fascismo-comunismo.

LA DEFENSA DE LA CULTURA

De algún modo, la consigna «Por la defensa de la cultura», resumía el carácter de quienes integraban el agrupamiento, tanto como la tarea que debían realizar: conservar la matriz ideológica liberal que posibilitara más tarde otros cambios

²⁵ «Rapport sur le mouvement international des intellectuels», *Vigilance*, (Bulletin du CVIA), N° 29, 15 octobre 1935, p. 11.

²⁶ Anibal Ponce, «El primer año de AIAPE», op. cit.

²⁷ Ricardo Pasolini, «Comunistas argentinos. Identidades políticas,

tópicos ideológicos y vida privada, 1950-1970», en: Estela Spinelli et al. (comps.), *La conformación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX*, UNC/UNICEN, Córdoba, 2000, pp. 279-305.

sociales. La defensa de la cultura era pues una defensa del patrimonio cívico de la humanidad que se debatía entre dos caminos:

«continuación del progreso milenario o retorno a la barbarie de etapas superadas. Ha llegado el momento en que no basta crear cultura. Es menester aprender a defenderla. Vuelven los tiempos en que la fuerza despótica de reacción pretendió cerrar el campo de la investigación y el pensamiento, fijar «a priori» conclusiones a la ciencia, sojuzgar el albedrío y el sentido crítico de sus culturas.

En la tierra donde el temor a la hoguera impuso ayer a Galileo la negación del movimiento del planeta, hoy el fascismo adueñado del poder, quiere, además de la hegemonía política de la nación, la hegemonía de las expresiones de la cultura. Y para aquellos que se niegan a corear con sus voces las loas mercenarias, el Estado reserva la cárcel, las torturas, el destierro, la destitución.

El dictador que esclaviza a Alemania, confiesa abiertamente su ideal de retorno al sombrío canon medioeval. Doctos catedráticos, hombres de ciencia ilustres, son expulsados de las universidades y del territorio nacional [...] El gobierno nazi incendia bibliotecas, instaura el hacha como instrumento de la pena capital, destituye a ministros y funcionarios creadores de un sistema penal admirados por el orbe, y arrasa su obra. Los que disienten con el tirano purgan su delito en el exilio, en campos de concentración o en mazmorras siniestras [...]».²⁸

Los intelectuales, señala Ponce, en tanto depositarios del haber cultural de la humanidad, «deben hacerse cargo del deber impostergable que les señala este momento. A ellos, antes que nadie les corresponde aprestarse a la defensa del tesoro que guardan y acrecientan, y denunciar ante los pueblos la amenaza que se cierne sobre la cultura»,²⁹ pues el fascismo

«no es sólo la expresión absoluta de la dictadura de una clase resuelta a aplastar a las grandes masas de trabajadores para explotarlas inicuaamente en su exclusivo beneficio. El fascismo es también enemigo de la inteligencia. [...] Un periodismo nulo y servil, un teatro crepuscular, una pintura melancólica y mercenaria, una literatura decadente sin nervio ni gravitación alguna, una ciencia envilecida en el servicio de la destrucción y de la muerte y una industria del papel impreso definitivamente quebrantada, constituyen el saldo inevitable del régimen fascista en el sector de la

²⁸ «Invitan a defender la cultura en América. Un manifiesto ha dado la AIAPE», *Crítica*, 12/06/1935.

²⁹ *Ibidem*.

cultura [...] El fascismo es pues nuestro enemigo, el enemigo de nuestra razón de ser: el pensamiento, la ciencia, el arte, la literatura».³⁰

La formalización del tema de la «defensa de la cultura» estaba presente ya desde febrero de 1934, y en modo instrumental en el grupo de intelectuales comunistas franceses que se articulaba en la revista *Commune* (Louis Aragon, Vaillant-Couturier, etc.) de la *Association des Écrivains et Artistes Révolutionnaires*. Sin embargo, para esa fecha la tematización no indicaba aún una rehabilitación de la matriz cultural burguesa. Recién en junio de 1935, con la realización del *Congrés international des écrivains pour la défense de la culture* y definitivamente en septiembre de 1936, cuando la política frentista adquiera todo su peso, el problema de la defensa de la cultura se asociará con aquel más amplio de la defensa de la herencia cultural de la nación.

Para los intelectuales de la AIAPE, la defensa de la cultura significaba también un tópico de resistencia que ante la situación de la política nacional reivindicaba la tradición liberal y sus próceres más notables.³¹ Pero, por otra parte, posibilitaba la toma de posición hacia otros criterios más beligerantes acerca de la acción cultural. Por ejemplo, en el libro *La rosa blindada*, Raúl González Tuñón adhirió fuertemente al discurso *Defensa de la Cultura* que André Gide pronunció en el citado Congreso de Escritores de 1935. El artista, el poeta, el intelectual que quisiera mantener la herencia cultural y defender la dignidad del pensamiento, sostuvo, debía estar con la revolución, pues sólo la sociedad comunista podía ofrecer al individuo todos los elementos para su desarrollo, «sin las trabas de las diferencias de clase, de la injusticia social».³² Gide había sostenido además que la URSS representaba un claro ejemplo del respeto de las individualidades tanto de las personas como de las naciones y pueblos que la componían.³³

En rigor, las posiciones de la AIAPE articularán muchas veces en tensión, una actitud de resistencia liberal con otra en pro de una posición intelectual revolucionaria o bien tendiente a la «revolución».

Al nivel de la evaluación de la política latinoamericana, el «Manifiesto» inicial de AIAPE alertaba también sobre la expansión del fascismo, la xenofobia, las persecuciones raciales, el militarismo, el recrudescimiento de dictaduras militares que enmascaradas en un falso nacionalismo, terminaban actuando en provecho

³⁰ «Proclama de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores», *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Buenos Aires, Año I, N° 1, enero de 1936, p. 1.

³¹ Nydia Lamarque, «Epítome de Esteban Echeverría», *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Año II, N° 1, agosto de 1937.

³² Raúl González Tuñón, *La rosa blindada*, Buenos Aires, Federación Gráfica Bonaerense, 1936, pp. 12 y 13.

³³ Cf. André Gide, *Defensa de la Cultura* (1935), Santiago de Chile, Editorial Moderna, 1937, pp. 12-13.

del imperialismo extranjero. Ponce culmina el manifiesto con un llamamiento y un compromiso a los mejores hombres de América Latina, para luchar por la independencia y la cultura de sus pueblos.³⁴

En julio de 1937, otra agrupación de corte antifascista liderada por reconocidos comunistas, como el doctor Emilio Troise, pero de amplia representatividad ideológica, cultural y partidaria en su base asociativa, el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo, también filaba sus posiciones antirracistas en la tradición liberal: «Reivindicamos para nuestro suelo, al amparo de instituciones democráticas que están sufriendo el embate abierto o insidioso de la reacción, la más amplia libertad de pensamiento y de creencia y ninguna limitación para su expresión. Sólo así nuestra vida colectiva seguirá desarrollándose en la órbita liberal de fecunda y amplia tolerancia que nuestra Constitución Nacional ha establecido. Esta es la única y verdadera tradición que la Argentina se enorgullece en compartir con los pueblos más civilizados del mundo: respeto a la persona en su integridad moral y física».³⁵

¿Cómo puede pensarse esta referencia permanente a la tradición liberal, omnipresente en Ponce y en otros intelectuales del antifascismo comunista o filocomunista, y la conjunción –como mostraré más adelante–, con el «humanismo proletario» representado por la URSS? ¿Estrategia discursiva en el oportunismo político de la sección argentina de la I.C., o verdadero peso específico de una tradición que a fuerza de ser golpeada se refugia en antiguos y sospechados enemigos: los comunistas? Sin duda ambas están presentes. Como ha señalado no sin ironía Rodolfo Puiggrós, la dirigencia del Partido Comunista Argentino en este período carecía de la capacidad para entender la especificidad social y política argentina, atada como estaba a la estrategia de «clase contra clase»,³⁶ pero también por su debilidad en tanto organización política en el marco de las otras organizaciones partidarias. Si el abandono de la estrategia de la lucha de clases, fue una plataforma de gran importancia para los partidos comunistas europeos, que intentaban sumarse a la corriente principal de la cultura democrática,³⁷ en el caso argentino, la nueva estrategia significó el descubrimiento de un nuevo aliado político: el radicalismo, pero un radicalismo que distaba de ser la fuerza popular en ascenso de los tiempos del gobierno de Hipólito Yrigoyen. En

³⁴ «Proclama...», op. cit.

³⁵ «Declaración inicial del Comité contra el racismo y el antisemitismo de la Argentina» (julio de 1937), en: Emilio Troise, *Racismo. Instrumento de dominación política y social*, Buenos Aires, Editorial Quetzal, 1955, p. 23.

³⁶ Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, t. IV. *La democracia fraudulenta*, Buenos Aires, Editorial

Jorge Álvarez, 1968, pp. 276 y ss.

³⁷ Peter Collier, «Sueños de una cultura revolucionaria: Gramsci, Trotski y Breton», en: *Debats*, N° 26, Valencia, diciembre 1988, p. 31. Una evaluación similar de la estrategia del Frente Popular pero para el caso de la intelectualidad inglesa, puede encontrarse en Margot Heinemann, «Left Review, New Writing y la gran alianza contra el fascismo», *idem*, p. 73 y ss.

rigor, la estrategia clasista fue momentáneamente olvidada durante el proceso de constitución del Frente Popular,³⁸ pero recobrada inmediatamente ante el fracaso electoral de la fórmula liderada por Alvear, en 1937, más allá de que las relaciones que se constituyan en este período tendrán un efecto residual muy importante. El PCA creía aún en una estrategia de lucha de clases, que visualizaba en un horizonte cercano un proceso de «bolchevización» encabezado por lo que denominaban el campesinado argentino, como lo indican los informes que el secretariado general del partido enviara en 1935 y 1938 a la dirección de la III^o Internacional.³⁹ La debilidad de PCA se fundaba también en el hecho de que la obediencia a la que se veía obligado ante la I.C. le impedía salir de los esquemas de interpretación a partir de los cuales se evaluaba la evolución del comunismo internacional desde Moscú.⁴⁰ No parece extraño, entonces, que las posiciones antifascistas iniciales se subordinaran más tarde a aquéllas de carácter antiimperialista, y que condujeran finalmente a legitimar el pacto germano-soviético de 1939.

Aunque se trata de un problema que aún no ha sido abordado seriamente por la historiografía local, la relación entre intelectuales comunistas y la política del PCA pareciera cercana en el ideario final, no del todo concordante en la coyuntura, y paradójica en el resultado del proceso. En efecto, al menos en aquellos intelectuales que escaparon a la disciplina partidaria sin saber que fundaban los tópicos futuros de esa agrupación. Aníbal Ponce, por ejemplo, quien nunca se afilió al PCA se convirtió en el mito intelectual de esa izquierda sin proletariado. Ponce es el intelectual marxista perseguido desde el estado, que en el momento clave del clima antifascista (1936) es obligado a optar por el autoexilio en México, para concluir sus días dos años más tarde con una muerte trágica en su etapa de maduración intelectual. Otros, más orgánicos al partido desde el origen, pudieron escapar sólo en el mediano plazo al peso de la tradición liberal, pues también habían formado parte constitutiva de los ámbitos culturales en los que esa tradición se reproducía.

IMÁGENES DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

En efecto, si para el CVIA el *Affaire Dreyfus* expresaba el momento fundacional de una sensibilidad hacia el compromiso político del intelectual, para no pocos miembros de la AIAPE, ese momento de catalización ideológica se representaba

³⁸ *Documento del Comité Central del PCA convocando al Frente Popular*, 01/05/1937. (Dossier Argentine, 1936-1948, BDIC).

³⁹ Cf. AGN, Fondo Partido Comunista Argentino, Sala VII, legajos 11 y 13, N° 3360.

⁴⁰ Silvia Schenkolewski-Kroll, «El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 10, N° 2, Escuela de Historia-Universidad de Tel Aviv, 1999, pp. 91 y ss.

en la Reforma Universitaria, en algunos casos porque habían participado en ella con un alto nivel de compromiso, Deodoro Roca y Gregorio Bermann son los ejemplos más evidentes –fundadores en Córdoba del Comité Pro Paz de América que se oponía a la Guerra del Chaco en una clave antifascista–.⁴¹

También, porque la Reforma aparecía como un lugar de referencia para establecer una filiación ideal con el componente emancipatorio de la juventud en una dimensión no fascista. Bermann fue el primero en establecer una explícita relación más ideológica que temporal entre aquellos jóvenes reformistas y los militantes del antifascismo de entreguerras,⁴² pero el tópico de la exaltación de la juventud era algo más que uno de los temas en la lucha ideológica entre el fascismo y el antifascismo. Se trataba de rescatar la convicción de que los jóvenes poseían unas características espirituales potencialmente no conformistas y tendientes al cambio. En términos generales, la lectura de la izquierda intelectual local iba de una concepción de los jóvenes –como categoría etaria– en tanto víctimas de regímenes totalitarios a los jóvenes como hacedores de futuro, como miembros de una cohorte particular que se definían por su destino histórico. Escribe Agosti en 1937: «[...] cuando nuestra generación comienza a girar en torno de los problemas fundamentales de la nacionalidad –que son, en definitiva, los problemas de la libertad– se le aclaran las ideas y se le acortan los caminos. Todas sus ideas se le alumbran con una idea única: la libertad económica y política del país. Todos los caminos convergen en una ruta rumorosa: la unidad de los jóvenes para la defensa de la democracia».⁴³

Es evidente que desde el golpe de Uriburu la universidad fue visualizada como un foco de resistencia ante el nuevo estado político. A las cesantías de profesores y alumnos se le sumó una clara intención de limitar hasta anular el peso de la Reforma. Entre diciembre de 1930 y abril de 1931, el interventor en las universidades Nazar Anchorena aplicó un nuevo «Estatuto» que se caracterizó por su «furia antirreformista».⁴⁴ Y durante el gobierno de Justo, las declaraciones del rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Ángel Gallardo, como las del decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Dr. Clodimiro Zabalía, mostraban claramente la intención de convertir a la universidad en un exclusivo centro de formación de la élite dirigente limitando incluso el ingreso de estudiantes provenientes del mundo obrero.⁴⁵

⁴¹ *Crítica*, 18/05/1935. Una referencia en Deodoro Roca, *El difícil tiempo nuevo*, Buenos Aires, Lautaro, 1956, p. 250.

⁴² Gregorio Bermann, *Juventud de América. Sentido histórico de los movimientos juveniles*, México, Ediciones Cuadernos Americanos, N° 11, 1946, pp. 218 y ss.

⁴³ Héctor P. Agosti, «Unidad y libertad» (1937), en del mismo autor, *Prosa política*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1975, pp. 9 y ss.

⁴⁴ Ernesto Giúdice, *Ha muerto el dictador pero no la dictadura*, Buenos Aires, Ex-Libris, 1932, p. 278.

⁴⁵ «La reacción en Bellas Artes», *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Año I, N° 2, febrero de 1936.

Claro está que la Reforma Universitaria era más el lugar donde colocar una cierta afectividad con los ideales de la juventud, una línea de continuidad histórica y menos una instancia fecunda de organización política. En 1931, Ernesto Giúdice –quien más tarde integrará AIAPE– definía de este modo las características de la llamada «Nueva generación»: «Es la sucesión de las etapas del progreso, comprendidas dentro de un ciclo histórico o cultural. En nuestro caso, la nueva generación latinoamericana, bautizada para la lucha en el 18, hoy en plena y ardua tarea de reconstrucción continental, es la última y más interesante faz del ciclo que estamos llenando. La juventud universitaria, en este período, está jugando la carta más importante. Las nuevas generaciones rompen de inmediato sus relaciones con el pasado. Una vida nueva se inicia. Todo se quiere edificar nuevamente. Es natural que así ocurra a condición de no caer en el desprecio de los frutos que nos dejan las generaciones anteriores». En 1935, Ponce, aunque rescataba la sinceridad de los ideales de los actores reformistas, interpretaba el fracaso de la Reforma en los límites que imponía una lectura de la realidad universitaria y social en la clave de la doctrina de las «generaciones», esto es, la exaltación del componente emancipatorio de la juventud como único ideal legítimo, lo que le impidió ampliar el campo de sus alianzas. Ya en 1927, Aníbal Ponce había prologado el libro de Julio V. González, *La Reforma Universitaria*, y allí había señalado que el fracaso de la Reforma se debió a su espíritu «novecentista» y a la incapacidad de los reformistas de incorporar al proletariado y llevar la reforma a un plano mayor.⁴⁶

Pero en 1935, Ponce lee la herencia de la Reforma desde una perspectiva frentista: «Con otra doctrina, con otros métodos, siguen pues en pie los ideales de la Reforma. Pero las masas estudiantiles que le dieron en otro tiempo el gesto iracundo y el ardor de lo bélico, han ganado ahora en decisión y en experiencia. Si ayer la Reforma tenía como telón de fondo la democracia evangelista de Wilson, tiene hoy –debe tenerlo– las acciones conjuntas del frente antifascista».⁴⁷

Desde las páginas de *Unidad*, en cambio, Sergio Bagú propuso la idea de que en el seno de la experiencia de la Reforma convivían en tensión «el centro reformista» ligado a las posiciones del idealismo filosófico de Ortega y Gasset y Alejandro Korn, con una tendencia de izquierda materialista que inicialmente adhirió a la noción de la nueva generación como causa omnipresente de la contestación juvenil, y que solo tardíamente –en 1933– logró exponer su sistema

⁴⁶ Aníbal Ponce, «El año mil novecientos dieciocho y América Latina», Prólogo a Julio V. González, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, Sagitario, 1927. En: Aníbal Ponce, *Obras Completas*, T. IV, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1974, pp. 536-538.

⁴⁷ Discurso pronunciado en 15 de julio de 1935 en el acto organizado

por la Federación Universitaria de Córdoba en conmemoración del 17º aniversario de la Reforma Universitaria. Cf. Aníbal Ponce, «Condiciones para la Universidad Libre», en: *Obras Completas*, op. cit., pp. 539 y ss.

marxista a partir de la experiencia de *Insurrexit*,⁴⁸ con su manifiesto «Quince años de derrotas bajo el signo de la Reforma».⁴⁹

La hipótesis del peso de la matriz liberal como un espectro de significados convergentes en el campo antifascista, se afirma aún más cuando se observan otras operaciones discursivas, esta vez, en torno al pasado argentino y la figura de José Ingenieros.⁵⁰ En efecto, a partir de una apropiación de la iconografía republicana y las temáticas dominantes en la tradición liberal, el antifascismo desarrolló toda una «historiografía» en la que aquélla aparecía como la dimensión genealógica que otorgaba una legitimidad particular: la de incluir en el devenir de la política local, el horizonte de un futuro donde la URSS aparecía como el máximo modelo de desarrollo social posible. Son constantes las referencias a las figuras de Sarmiento y Echeverría en los argumentos antifascistas publicados en *Unidad* o en los ensayos de los autores, tanto como el rescate del más cercano Ingenieros, considerado el maestro de la juventud, quien había saludado con igual efusividad la Reforma Universitaria como la Revolución Rusa. En todo el campo antifascista, las exoneraciones de sus cargos docentes de Aníbal Ponce, Gregorio Bermann y tantos otros (1936 y 1937), fueron evaluadas como avance del fascismo en las instituciones educativas. Gran parte de los argumentos en contra de esta política recurrieron a las figuras de Echeverría y Sarmiento, como los fundadores de «las costumbres más honrosas y las leyes más progresistas que diera la nación en materia de instrucción pública».⁵¹ También Ingenieros aparece aquí como un mediador intelectual fundamental: «Recién a través de las sencillas ediciones vigiladas por Ingenieros, la juventud comenzó a amar a Echeverría, a Alberdi y a Sarmiento. Lo que la benemérita editorial Sempere enseñó en la zona de las grandes ideas universales, la editorial de Ingenieros arraigó en la jurisdicción del pensamiento revolucionario argentino».⁵²

Para la «generación» antifascista, entonces, este rescate es ante todo la ubicación de un nexo intelectual que ligaba a la tradición liberal argentina con las

⁴⁸ Filiándose en la izquierda comunista, *Insurrexit* tomó cuerpo luego del Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios (Buenos Aires, 13 al 18 de agosto de 1932) postulando fórmulas extremas de acción política y un decidido antirreformismo. Conformaban este grupo los por entonces estudiantes Héctor P. Agosti; Bernardo M. Delgado; Juan E. Zanetti; Carlos Moglia; Ernesto Sábato. Agosti fue encarcelado en 1933 y liberado en 1937. Cf. Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti, *Los reformistas*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968, pp. 73-74.

⁴⁹ Sergio Bagú, «Las dos reformas», en: *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Año I, N° 2, febrero de 1936.

⁵⁰ También el antifascismo argentino de corte socialista articuló la tradición liberal en su evaluación del momento político, pero en este caso representa más una continuidad ideológica que una ruptura. Al respecto, Cf. Andrés Bisso, «La recepción de la tradición liberal por parte del antifascismo argentino», en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe.*, vol. 12, N° 2, 2001, pp. 85-113.

⁵¹ «Peligra la enseñanza», en: *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Año II, N° 1, agosto de 1937.

⁵² Se refiere a la colección dirigida por Ingenieros *La Cultura Argentina*. Cf. José P. Barreiro, «Ingenieros, el animador», en: *Nueva Gaceta* (AIAPE), Buenos Aires, noviembre de 1941.

orientaciones de una perspectiva de izquierda moderada o combativa según los casos, necesitada de una instancia genealógica con la herencia de Mayo, en un contexto político donde la tradición liberal se hallaba en retirada ante el embate golpista y el fraude electoral. En algún sentido, ya con el impacto de La evolución de las ideas argentinas (1918 y 1920), Ingenieros había inventado un público –los jóvenes de la Reforma Universitaria– y un mandato, que hacia los años treinta es requerido como propio por ese sector antifascista de la intelectualidad argentina. Así, la noción ingenieriana de que el mandato revolucionario de Mayo había abortado en el proceso histórico argentino, y de que era necesario constituir una nueva élite que lo llevara a destino, se volvía una potente ficción orientadora para quienes veían en el fascismo criollo al enemigo que nuevamente frustraba la concreción de ese ideal democrático. Pero ahora, esa élite era reemplazada por la madurez de la clase proletaria.⁵³ Pero Ingenieros es rescatado no sólo porque Ponce había sido su discípulo directo hasta codirigir con él la Revista de Filosofía, sino porque establecía un modo particular de concebir el problema de la excepcionalidad argentina: la correlación entre el devenir de la historia europea y la historia nacional, el peso de las minorías ilustradas como actor privilegiado y el papel histórico de las ideas «medias» triunfantes respecto de cada una de las ideas «extremas» que fracasan.⁵⁴

En el Ingenieros de La Evolución de las ideas argentina (1918 y 1920), la recuperación de lo ideológico-político se presenta para expresar esta puja entre filosofías antagónicas: el feudalismo y la modernidad. Se trata de la manifestación de una disputa que se juega en todos los ámbitos en función de un único movimiento de desarrollo, desde la sociedad colonial rioplatense hasta el momento de la organización nacional, incluso hasta el presente de Ingenieros. Estas dos tendencias en la historia argentina se van encarnando en diferentes actores como en una atlética carrera de relevos, como antecedente primero y como herencia después de un hecho fundacional: la Revolución de Mayo, no ya como acontecimiento sino como proceso mental en una periodización amplia. Ambas tendencias están en la disputa entre los jesuitas y la Corona, entre Bucarelli y Zeballos, están en la oposición entre criollos ilustrados y peninsulares monárquicos, y están también en la línea revolucionaria que unía –según Ingenieros– al virrey Vértiz con Moreno, Rivadavia y la generación de Echeverría.⁵⁵

En este nuevo esquema dualista, Rosas representaba una manifestación de la nefasta pervivencia del antiguo régimen. Ante todo, Rosas era la contrarre-

⁵³ Raúl Larra, *La Revolución de Mayo y su pensamiento democrático*, en: *Cuaderno de la AIAPE*, N° 3, febrero de 1939, *passim*.

⁵⁴ Cf. Héctor P. Agosti, *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*,

Buenos Aires, Futuro, 1945, pp. 150 y ss.

⁵⁵ José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, (1918) Buenos Aires, El Ateneo, vol. I, pp. 67, 85, 178 y t. II, pp. 391 y ss.

volución; la alianza con los jesuitas; la decadencia de la educación pública, y la extinción de las «fuerzas morales», es decir, de la cultura cívica que resguardaba en su seno la tradición democrática de Mayo.⁵⁶

Así todo, esta cultura en retirada encontraba un actor en quien refugiarse: la generación romántica aparece como la continuadora del legado revolucionario, no sólo por la fuerza misma de ese legado sino también por el carácter de minoría ilustrada capaz de llevarlo a buen puerto. En su momento historiográfico «romántico», el actor histórico privilegiado por Ingenieros no son las causas profundas que dominaban su perspectiva positivista en Sociología Argentina –más allá de que considerara con Echeverría que la ausencia de educación del pueblo fuera un determinante cultural del fracaso del proyecto democrático–⁵⁷ sino las ideas encarnadas en las élites pensantes.

En el marco del sector antifascista articulado alrededor de la AIAPE, sólo Rodolfo Puiggrós se mantendrá tempranamente ajeno a la exaltación celebratoria de Ingenieros, al avanzar una crítica marxista a la noción de las élites intelectuales como los actores privilegiados del cambio histórico, tesis fuertemente presente en *La Evolución de las ideas argentina*.⁵⁸

LAS TENSIONES IDEOLÓGICAS EN LA AIAPE

El resultado del objetivo de constituir una fuerza intelectual capaz de alentar y ¿conducir? una alianza política fue paradójico. En el nivel de la política estos intelectuales poco pudieron aportar en la constitución de un Frente Popular más ilusorio que real, sobre todo, porque a diferencia del CVIA, su relación con las fuerzas políticas y el mundo obrero fue muy deficitaria, más allá de que en el acto del 1° de Mayo de 1936, cuando 250.000 personas manifestaron en favor de un Frente Popular junto a líderes radicales, socialistas, comunistas, demócratas progresistas, cegetistas y miembros de AIAPE, todo pareciera posible.⁵⁹

En efecto, como escribió Crítica, en el mitin del Frente Popular:

«Las más diversas clases –menos las del privilegio– aparecen hermanadas [...] Los trabajadores del músculo, más los trabajadores intelectuales, la juventud universitaria, la pequeña burguesía, los grandes «leaders» de la democracia [...] Al lado del socialista que no había conocido más himno que «La Internacional» o que la «Marse-

⁵⁶ Ídem, pp. 387-389.

⁵⁷ Esteban Echeverría, «Mayo y la enseñanza popular en el Plata» (1844), en: *Obras completas*, Buenos Aires, Zamora, 1972, pp. 224-226.

⁵⁸ Cf. Rodolfo Puiggrós, *De la Colonia a la Revolución*, Buenos Aires, Ediciones de la AIAPE, 1940, p. 163 y ss.

⁵⁹ Hasta el momento, el trabajo más sólido sobre la AIAPE lo

representa el artículo de James Cane, «*Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943*», *Hispanic American Historical Review*, 77:3, Duke University Press, 1997, pp. 443-482. Así todo, considero que el autor sobreestima el peso de estos intelectuales en la constitución de la *Unión Democrática*, y sobre todo el papel en penumbras del Partido Comunista Argentino.

llesa», estaba el radical esencialmente nacionalista, el demócrata progresista de Santa Fe, el comunista, el sindicalista, etc., documentando con su presencia cómo está en marcha la idea superior de que hay que mancomunar el esfuerzo de todos para poner una valla firme a la reacción que no cesa en sus propósitos liberticidas [...].

Se pedía el libre ejercicio de la democracia, el imperio de la ley que nos legara el gran Sáenz Peña. Se reclamaban las garantías que sancionaron los constituyentes del 53. Se exigía una mayor responsabilidad nacional frente a los avances del imperialismo. Se pedía la libertad de los presos políticos y sociales, víctimas de la arbitrariedad y de los prejuicios oligárquicos. Se reclamaba, en fin, el imperio de la Argentina que quisieron nuestros mayores.

[...] En el mitin del Frente Popular, se paseó el retrato de José Hernández, el autor de Martín Fierro, junto al de Henri Barbusse. Estas efigies simbolizan dos espíritus que fueron capaces de expresar el sentir y el pensar de un pueblo abierto al porvenir».⁶⁰

Se podría pensar que los intelectuales del CVIA descubrieron a los sectores obreros a partir de su compromiso político. Es notable el asombro que le provocó a Ponce saber que su colega académico Henri Wallon, a quien no veía desde su anterior viaje a Europa hacía cinco años, participaba en el Congreso Mundial de Estudiantes Antifascistas de Bruselas. Escribe Ponce: «Desde Buenos Aires lo había visto figurar en comités y agrupaciones de acentuado carácter antifascista, pero he aprendido recién cómo es de activa su participación, cómo es decidida su lucha. Ha ganado con ello en la admiración y en el respeto. Hasta ayer no era más que un sabio. Hoy es un hombre completo».⁶¹

Muchos de los «intelectuales» de la AIAPE, en cambio, descubrieron su lugar como escritores o periodistas recién arribados al mundo de la cultura, a partir del tópico del compromiso político pero con escasa incidencia en la política, mientras que los primeros salían del «clero» (la expresión es de Julien Benda) para reconocer el ámbito de lo político y actuar exitosamente en él, al menos durante el primer período.

Sin embargo, los miembros de la AIAPE en tanto operadores ideológicos alcanzaron gran impacto en esa dimensión de la vida cultural que se articulaba en un tejido amplio de bibliotecas populares, prensa periódica, ateneos y editoriales menores, ámbitos que, una vez instalado el peronismo en el poder, se convertirán en las instancias de nucleamiento de una subcultura de oposición ante lo que evaluaban como una manifestación vernácula de nazifascismo.

⁶⁰ *Crítica*, 02/05/1936.

⁶¹ Aníbal Ponce, «Henri Wallon en el Congreso de Bruselas», *Córdoba*, 09/02/1935.

Sin duda, este antifascismo estaba recorrido por múltiples tensiones, pues, si respecto del pasado argentino era posible establecer un diálogo entre las diferentes tendencias internas, menos acuerdos existían acerca de la URSS como ideal de futuro social, la política de alianzas que la agrupación debía seguir y los alcances del tópico del compromiso político como criterio legitimador de la actividad intelectual. El alejamiento de Ponce de la presidencia de la AIAPE en noviembre de 1936, luego de la exoneración de los cargos docentes que desempeñaba en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, y el impuesto autoexilio en México,⁶² agregarán un componente adicional a las tensiones y un debilitamiento de la línea liberal. En mayo de 1937, el primer vicepresidente de la asociación, el escritor Alberto Gerchunoff, renunciaba a la entidad alegando disconformidad respecto de su conducción (el sector comunista liderado por el doctor Emilio Troise),⁶³ y a partir de octubre de ese año y hasta enero de 1938, se sucederán una serie de polémicas publicadas en *Unidad* y en la revista que dirigía Antonio Zamora, *Claridad*, motivadas por la expulsión de la AIAPE de los escritores César Tiempo y Samuel Eichelbaum, quienes se habían manifestado públicamente en favor de la fórmula presidencial Ortiz-Castillo para las elecciones del 5 de septiembre de 1937, pues los candidatos habían prometido retomar la política inmigratoria tradicionalmente no restrictiva de la Argentina a la vez que asegurar la situación de la importante comunidad judía local.

Troise alegaba que como miembros de la AIAPE –una agrupación que se proponía ayudar a la creación de un Frente Popular–, tal adhesión era agravante para la entidad, dirigiendo sus críticas especialmente a César Tiempo:

«Usted ha agravado AIAPE, propiciando públicamente, así fuera en su condición de judío, una fórmula reaccionaria y fascizante. Y cuando AIAPE le llama la atención sobre ello, se encrespa Usted y toma aires de ofendido. ¡Qué ha de ofenderse ni qué ha de ofender a nadie! [...] Usted no integraba AIAPE en calidad de judío. Era, creíamos, un camarada celoso de la defensa de la verdadera cultura, inseparable de un ambiente de libertad y de sana crítica. Esa es la razón de ser de la AIAPE en estos momentos dolorosos y tremendos –pero a la vez augurales– que vivimos nosotros junto con el mundo ensangrentado y angustiado.

Pero no ha sido así. Usted prefiere ser judío antes que hombre libre. Por ello adhiere y auspicia una fórmula cuyo triunfo fraudulento asegura y agrava el estado antiliberal que vive el país y que vivimos y sufrimos los hombres libres de este país».⁶⁴

⁶² Sobre la exoneración de Ponce, Cf. Julio Wosco, *Aníbal Ponce, humanista de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Editorial Aurora, 1958.

1937.

⁶⁴ Cf. Emilio Troise, «La danza de los puntos y de las jotas», *Claridad*, Año XVI, N° 321, Buenos Aires, enero de 1938.

⁶³ *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Año II, N° 1, agosto de

También Liborio Justo, el hijo trotskysta del presidente Justo, abandonó la entidad evaluando el nuevo momento como stalinización de la AIAPE.⁶⁵ Así todo, los miembros de la AIAPE articularon una serie muy amplia de temas y discursos, no pocas veces contradictorios entre sí. En el antifascismo de Ponce primó la articulación entre nación, en tanto rescate ideológico de las figuras del panteón liberal –de Wilde a Amadeo Jacques, de Avellaneda a Sarmiento–, y comunismo, claramente visible a partir de 1936 con el intento de divulgación marxista que significó su revista *Dialéctica*.

En su estudio sobre el pensamiento de Aníbal Ponce, Oscar Terán señala que entre el gran peso cultural e institucional de la tradición intelectual argentina de corte liberal y positivista, sumado al europeísmo de esta tradición, y la debilidad de los espacios comunistas oficiales, el marxismo de Ponce se presentaría excesivamente deudor del liberalismo, y no alcanzaría a plantearse el problema de la nación desde una perspectiva marxista más pura.⁶⁶ También Agosti, ve en el tránsito hacia el marxismo de Ponce el peso de la tradición liberal, y el papel de los sucesos de 1930 como el elemento contextual que lo condujo hacia nuevas preguntas y a encontrar definitivamente en el marxismo las claves de una respuesta.⁶⁷ En rigor, en su etapa «antifascista», Ponce articula una serie de operaciones intelectuales en donde prima la exaltación de la URSS como un modelo de organización social, en el que el desarrollo tecnológico se vuelve el indicador más claro del dominio de la naturaleza por parte del hombre en la clave de un humanismo de corte «proletario».

En Gregorio Bermann, en cambio, su antifascismo se encabalga en una dimensión dominante de corte antiimperialista, pero sobre todo, americanista, que lo acerca a las posiciones que para la época defendía Antonio Zamora en la revista *Claridad*.⁶⁸

José Portogallo exaltó poéticamente el componente emancipatorio del mundo obrero y la marginalidad urbana impugnando la moralidad burguesa.⁶⁹ El tránsito de Agosti, luego del «izquierdismo» inicial de la experiencia de *Insurrexit* y los años de prisión, lo colocará en 1937, como ya hemos visto, en una posición cercana a la de Ponce, pero en él habrá una búsqueda de una fórmula que permitiera adaptar el método marxista a la realidad de la práctica cultural como una superación de la matriz liberal.⁷⁰ Esa preocupación recorrerá gran parte de la obra posterior de Agosti y se expresará como ruptura en 1956 con una serie

⁶⁵ Liborio Justo, «Carta al PSD y a Emilio Troise», *Claridad*, Año XVI, N° 321, Buenos Aires, enero de 1938.

⁶⁶ Oscar Terán, «Aníbal Ponce o el marxismo sin nación», en: *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 131-178.

⁶⁷ Héctor P. Agosti, «Aníbal Ponce. Memoria y presencia», corresponde a la Introducción de Aníbal Ponce, *Obras Completas*, t. I.,

Buenos Aires, Editorial Cartago, 1974, pp. 13-137.

⁶⁸ Florencia Ferreira de Cassone, *Claridad y el internacionalismo americano*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1998, pp. 158-159.

⁶⁹ José Portogallo, *Tumulto*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1935.

⁷⁰ Cf. Héctor P. Agosti, *Defensa del realismo*, Montevideo, Ed. Pueblos Unidos, 1945.

de artículos en Cuadernos de Cultura (la revista del PCA),⁷¹ y con la publicación en 1959 de El mito liberal.

Pero todos los miembros de AIAPE, sin excepción, encontrarán finalmente en lo que dure la experiencia de la España republicana, un horizonte del máximo de integración posible de los intelectuales en la sociedad, incluso hasta una instancia de experimentación vanguardista: «J'apporte la conviction profonde –afirmaba Córdova Iturburu, en su intervención en el 2º Congreso Internacional de Escritores por la Defensa de la Cultura (Madrid-Valencia, 1937)– que le peuple espagnol est, en ce moment, dans le monde, le champion de la civilisation et le soldat de la culture».⁷²

Sin dudas, en el funcionamiento de la AIAPE es posible observar un proceso de evolución institucional en el que a una primera etapa de amplia participación intelectual e ideológica –que permite la convivencia entre intelectuales y políticos liberales (p.e. Lisandro De la Torre), socialistas, independientes, comunistas y «recién llegados», unidos bajo la consigna de la defensa de la cultura–, le sigue un momento de disciplinamiento interior que da como resultado la hegemonía del grupo comunista liderado por Emilio Troise. Este momento se manifiesta con claridad entre octubre de 1937 y enero de 1938, cuando son expulsados Tiempo y Eichelbaum, entre otros alejamientos. Además de la afirmación de que Unidad era una publicación financiada por el PCA –en su descargo César Tiempo explicita con beligerancia esta relación–,⁷³ durante ese período es posible advertir una fuerte correspondencia entre las posiciones de la AIAPE y el Comité de Lucha Contra el Racismo y el Antisemitismo, también presidido por Troise, en el que el tópico del antifascismo se endurece en su clave frentista. Si en febrero de 1938, el PCA evaluará negativamente su participación en el Frente Popular frustrado que llevaba a Alvear a la presidencia recuperando momentáneamente posiciones clasistas,⁷⁴ en el Plenario Nacional del Comité Central de enero de 1939, el secretario general Arnedo Álvarez recolocará la propuesta de «una candidatura única democrática para las próximas elecciones» bajo la consigna de la «Unión Nacional». Pero ahora el problema del fascismo es pensado en el marco del pacto de Munich, pues éste no sólo mostró la debilidad de las burguesías de Francia

⁷¹ «La nutrición liberal de la intelectualidad argentina es su virtud y su defecto: su virtud porque la ha resguardado de buena parte de las seducciones de la demagogia corporativo-fascista; su defecto, porque le acorta la visión de las cosas, la mantiene en la superficie de los fenómenos y la encandila con la flamante demagogia de la libertad». Héctor P. Agosti, «Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas», en: *Cuadernos de Cultura*, Nº 25, Buenos Aires, mayo de 1956, pp. 135 y ss.

⁷² «Intervention de Córdova Iturburu», Madrid, 6 juillet 1937, 2º

Congrés International des Ecrivains pour la défense de la culture, 4-10 juillet 1937. (Fonde Jean-Richard Bloch-BDIC). También, Alvaro Guillot Muñoz, «Significado del Congreso de Escritores de Valencia», en: *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Buenos Aires, Año II, Nº 1, agosto de 1937.

⁷³ César Tiempo, «Los puntos sobre las jotas», *Claridad*, Año XVI, Nº 319, Buenos Aires, noviembre de 1937.

⁷⁴ «La actividad del PC en el año 1937 y sus tareas inmediatas», 16/02/1938. AGN, op. cit.

y Gran Bretaña ante el expansionismo alemán, sino la ampliación del campo de los peligros para las naciones dependientes.⁷⁵ En este sentido, dado que al imperialismo inglés ahora se le sumaba la codicia del imperialismo nazista, el neutralismo ante la guerra parecía la posición más coherente. Este es el marco en el que se da también el pacto germano-soviético.

A mediados de 1938, *Unidad* dejó de editarse, pero ello no significó una caída en la vida asociativa de la AIAPE en tanto organizadora de eventos culturales. Por el contrario, no sólo se desarrollaron ciclos de conferencias sobre la situación internacional, los problemas y tendencias de la novela y hasta un curso de historia colonial, sino que también se priorizó la edición de los folletos que contenían las conferencias de Raúl Larra, Héctor P. Agosti, Enrique González Tuñón, Arturo Orzábal Quintana y Emilio Troise. En mayo de 1941 la asociación comenzó a publicar el órgano *Nueva Gaceta*, el cual apareció hasta la clausura de la entidad en junio de 1943.

No es posible seguir la política de la AIAPE entre mediados de 1938 y mayo de 1941, pero sí la de algunos de sus integrantes, como Raúl Larra, Álvaro Yunque, Ernesto Giúdice, quienes no sólo adhirieron a la posición neutralista sino que manifestaron fuertemente sus posiciones antifascistas y antiimperialistas originales, evaluando la guerra como un conflicto interimperialista. Si en *Nueva Gaceta* de mayo de 1941 es fácil advertir una defensa de este neutralismo ante la crítica de los intelectuales liberales,⁷⁶ con la invasión de Hitler a la URSS en junio de 1941, los intelectuales de la AIAPE aparecen colocados del lado de los aliados para combatir el nazi-fascismo en defensa de la URSS. Para esa fecha, la filiación de la AIAPE con el PCA es indiscutible.⁷⁷

LA AIAPE EN PROVINCIA: EL ATENEO DE CULTURA POPULAR DE TANDIL

Pero la Asociación fue también el lugar de nacimiento de intelectuales nuevos, es decir, de aspirantes a intelectuales que hicieron sus primeros pasos en el mundo cultural. Si por un lado la AIAPE posibilitó a algunos de sus miembros el ingreso a las Brigadas Internacionales en España (Gregorio Bermann, entre otros), a otros más modestos en sus aspiraciones heroicas y en sus capitales relacionales, les permitió desarrollar un proyecto de escritor. Larra es muy preciso al respecto: «La AIAPE era un hervidero, un taller. Todas las semanas en la sede social se realizaban conferencias sobre los más diversos temas culturales a cargo de calificados oradores. (...) También inició un plan de publicaciones dando a conocer la conferencia de Lisandro de la Torre sobre «La cuestión social

⁷⁵ Arnedo G. Álvarez, *Unidad Nacional contra el Fascismo*, Buenos Aires, Ediciones populares, 1939, pp. 32 y ss.

Nueva Gaceta, N° 2, 2° quincena de mayo, 1941.

⁷⁶ Córdova Iturburu, «Democracia imperialista y nuevo orden», en:

⁷⁷ Emilio Troise, «La nueva guerra», en: *Nueva Gaceta*, N° 5, 1° quincena de julio, 1941.

y los cristianos sociales» y su réplica a monseñor Gustavo J. Franceschi; de Emilio Troise: «Los germanos no son arios»; de Héctor P. Agosti: «El ocaso de la cultura»; de Raúl Larra: «La Revolución de Mayo y su pensamiento democrático...».⁷⁸

Gerardo Pisarello ingresó a la AIAPE en 1936. Tras un año de iniciada la labor de la entidad, Pisarello dejó sus estudios universitarios en abogacía para dedicarse a la labor literaria. «La AIAPE era en verdad el centro que buscaba. En la Capital ni en el interior del país se contaba con otro que nucleara a los sectores intelectuales en un propósito definido de reunir esfuerzos en defensa de la cultura (...) Era un llamado de conciencia. Se estaba ante el surgimiento agresivo del fascismo en Europa, el que terminaría llevando a la Segunda Guerra Mundial...».⁷⁹

Un recuerdo de Juan Carlos Vedoya, otro de los miembros iniciales de la AIAPE expresa una imagen equivalente del antifascismo como sociabilidad y ámbito generador de oportunidades culturales. En efecto, desde el 17 de julio de 1938, la AIAPE había organizado una serie de conferencias sobre historia colonial a cargo de Vedoya, y más tarde, en 1939, su presidente y a la vez presidente del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo, Doctor Emilio Troise, prologó su primer ensayo histórico. Escribe Vedoya:

«Comencé, siendo muy joven, mi amistad con Aníbal Ponce y la gente que lo rodeaba: Rodolfo Puiggrós, Alfredo Varela, Héctor P. Agosti, Raúl Larra [...], May Zuviría, Raúl González Tuñón, Córdoba Iturburu, Enrique Amorín, Dardo Cúneo, Emilio Troise, Pondal Ríos, Elías Castelnuovo, Álvaro Yunque, todos los cuales alternaban la tarea literaria con el periodismo, todos ellos más o menos de izquierda, francotiradores o allegados al comunismo. [...] La militancia desde el comienzo en la AIAPE que reunió a todos esos nombres, de la cual conservo el carnet N° 22. [...] Quedan muchos nombres perdidos en la memoria, que formaron aquella generación autoconvocada después de la revolución de 1930».⁸⁰

Si se toma el ejemplo de la filial de la AIAPE en Tandil –el Ateneo de Cultura Popular– y el itinerario social e intelectual de uno de sus miembros, Juan Antonio Salceda, la hipótesis se vuelve más ilustrativa.

Si bien la AIAPE nació unos meses después que esta agrupación, su creación responde –como veremos– al impacto que el clima y la red antifascista adquiere también en provincia. En efecto, el Ateneo de Cultura Popular de Tandil fue creado en febrero de 1935 por Juan Antonio Salceda (1907-1983), un almacenero

⁷⁸ Raúl Larra, op. cit., p. 20.

⁷⁹ Gerardo Pisarello, *En el recuerdo de los años*, Ediciones Ánfora, Buenos Aires, 1983, p. 90. También, «Gerardo Pisarello, correntino

contra el olvido», en: *La Opinión cultural*, 03/09/1972, p. 8.

⁸⁰ «En recuerdo de Juan Carlos Vedoya», en: *Todo es Historia*, N° 256, Buenos Aires, octubre de 1988.

de origen español que había llegado a la Argentina a la edad de 7 años, y por el médico Víctor Magrini (1902-1996),⁸¹ junto a un grupo de cerca de 70 jóvenes provenientes de los sectores medios locales.⁸²

El propósito era intentar dinamizar la vida cultural provinciana a través de una amplia actividad intelectual, que articulara personalidades locales con visitantes ilustres del mundo cultural de Buenos Aires. En términos ideológicos, al menos quienes se encontraban en los cargos dirigenciales habían hecho sus opciones filiándose afectivamente en la izquierda comunista, en un momento en que el antifascismo aparecía como el tópico articulador de variadas tradiciones ideológicas.⁸³

La concreción de la creación del Ateneo parece haber sido el resultado de las incitaciones que Carlos Ruiz Daudet (1900-1974), un viajante de comercio de Buenos Aires, quien se encargaba de la venta de material quirúrgico por las ciudades y pueblos del interior de la provincia, había provocado en algunos jóvenes de Tandil, en especial en Magrini, quien por su actividad profesional tenía una relación más o menos frecuente con Ruiz Daudet.⁸⁴

Fuertemente ligado a los escritores que habían formado parte del grupo de Boedo, Ruiz Daudet también llegó a tener una importante actividad en tanto escritor, publicando en *La Vanguardia* y en *Nueva Revista*, esta última dirigida por Córdova Iturburu.⁸⁵ Sin embargo, su papel más destacado residía en su carácter de gran dinamizador de las actividades intelectuales. En las memorias de Raúl Larra, Ruiz Daudet aparece caracterizado en esa condición:

⁸¹ La reunión inicial estuvo compuesta por Juan Antonio Salceda, Víctor Magrini, Ambrosio Renis, Miguel Basílico (h), Jorge Dufau y Orio Nizzoli. Cf. Libro de Actas del Ateneo de Cultura Popular de Tandil, Acta N° 1, 23/02/35, t. I, f. 1. (Archivo personal del señor Hugo Nario, en adelante AHN).

⁸² Cabe mencionar que Juan Antonio Salceda era un joven almancenero con aspiraciones de escritor; Renis era periodista del diario local *Nueva Era* y dirigente radical; Basílico estudiaba medicina y era hijo de una familia adinerada de tradición conservadora, y Jorge Dufau, hijo de Donato Dufau, un reconocido político que había sido intendente de Tandil entre 1889 y 1892. Orio Nizzoli (sin datos). Otros integrantes del Ateneo: Juan Carlos Pugliese (maestro, estudiante universitario y militante de la UCR, más tarde se convertirá en el Ministro de Economía del presidente de la Nación Arturo Illia [1964-1966], y Ministro de Economía y del Interior del gobierno de Raúl Alfonsín, marzo-julio de 1989), Ovidio y Lidio Saglul (periodistas en *El Eco de Tandil*), Antonio y Juan Manuel Calvo (maestro y dirigente radical), José de Astoreca (empleado de comercio), Guillermo Teruelo (artista plástico), José

Barrientos (periodista y maestro), Chela Calvo, Ernesto Valor (artista plástico), Jorge Ricaldone (estudiante), Miguel Arozarena (empleado de comercio), M. Delisso, L. Tangorra, Pablo Varena (militante comunista), Luis Zucchetti, Pascual Nigro (dirigente socialista), Gerardo Muñoz, Juan Dell'Asta, Alfredo Vitullo (imprentero) y Miguel Clavell (poeta local), entre otros.

⁸³ Libro de Actas del Ateneo de Cultura Popular de Tandil, Acta N° 1, 23-02-1935, t. I, f. 1. (AHN).

⁸⁴ «La visita de Córdova Iturburu se debió al apoyo y al entusiasmo que nos transmitió Carlos Ruiz Daudet. El hizo el contacto: primero vino Córdova Iturburu, y después Anibal Ponce». Entrevista del autor con el doctor Víctor Magrini, 21-01-1996.

⁸⁵ Obras de Ruiz Daudet: Novelas: *Provincia* (1942); *El caudillo* (1944) Primer premio del concurso organizado por Noticias Gráficas; *El pueblo* (1949); *Juan se encuentra* (1954); *Los Sandoval* (1965). Cuentos: *Viajante* (1933); *Kilómetro 520* (1943), *El canario* (1950); *Años, lugares, gente* (1957). Teatro: *Arturo Nelson vive hacia atrás* (en colaboración con el dramaturgo Ramón Gómez Masía) y *Máximo Gorki, una biografía escénica* (1970).

«Al integrarse a nuestro grupo, Carlos se arrogó per se la representación de sus colegas del interior. Aunque radicado en Buenos Aires, iba y venía por esos caminos del sur bonaerense en su Plymouth deteniéndose en cada pueblo, en cada ciudad. Allí donde llegaba ya se armaba un club de ajedrez, ya se organizaban campeonatos, simultáneas, ya se abrían bibliotecas y se pronunciaban conferencias. Era como una especie de taumaturgo, el gran animador de la actividad cultural. Manejaba como un caudillo su propio circuito –Dolores, Castelli, Maipú, Azul, Balcarce, General Madariaga, Mar del Plata y, por supuesto, Tandil, desde donde había partido y a donde volvía para reencontrarse–. (...) Uno a uno fuimos compañeros alguna vez de sus viajes y también los oradores en ese periplo cultural. (...) Carlos advenía a una reunión de nuestro grupo de escritores repartiendo papelitos, con enumeración de programas y tareas concretas».⁸⁶

La actividad desarrollada por Carlos Ruiz Daudet puede sintetizarse, entonces, en el papel que cumplía en tanto correa de transmisión, entre esa porción del mundo de la cultura de izquierda comunista de Buenos Aires, y los animadores culturales de los ámbitos afines en los pueblos de provincia. Así, si en el origen del Ateneo de Cultura Popular se puede ver circular a figuras de renombre literario como Córdova Iturburu, Aníbal Ponce y otras, ello se debe al accionar de este animador entre el centro del mundo cultural y la periferia local.

Así, Salceda y Magrini, quienes se conocían desde 1931, con la decisión de fundar un espacio de discusión sobre problemas ideológicos y literarios, abrieron la posibilidad para que la vanguardia de izquierda, con sus ilusiones de una cultura revolucionaria y popular, y su proyecto utópico que veían concretado en la Unión Soviética, se presentara con intensidad en un mundo cultural periférico, como era el de la sociedad tandilense durante la década de 1930.

Aunque efímera,⁸⁷ la experiencia del Ateneo de Cultura Popular terminará por sentar un tejido relacional a través del cual se articularán gran parte de las preocupaciones, de las prácticas y de las nociones que guiarán el mundo cultural local, al menos hasta aproximadamente 1960. Ahora bien, ¿qué significaba el antifascismo desde la provincia? Una aproximación a la declaración de principios puede darnos una idea al respecto:

«Los términos en que se plantea en nuestra ciudad de Tandil el problema de la cultura no difieren, en lo fundamental por lo menos, de lo que presenta en la

⁸⁶ Raúl Larra, *op. cit.*, pp. 138-140.

⁸⁷ El Ateneo de Cultura Popular fue creado el 23 de febrero de 1935 y dejó de funcionar en marzo de 1936.

mayor parte de las restantes ciudades del interior de la República. Estos términos pueden, tal vez, concretarse en una sola palabra: aislamiento. La cultura, sin que esto aspire a ser una definición, es una consecuencia de la mutua comunicación de las inquietudes y conclusiones que sugiere el espectáculo del mundo a la sensibilidad y la inteligencia. El aislamiento, por eso, atenta contra toda posibilidad de formación de una cultura. La radiotelefonía y los diarios y revistas de gran tiraje, que alcanzan una fácil difusión entre nosotros no rompen, es evidente, el cerco de nuestro aislamiento. Las broadcastings poderosas y los llamados grandes órganos de publicidad no reflejan, por lo menos en forma satisfactoria, el panorama de la verdadera cultura, la vida de la inteligencia y del espíritu contemporáneos, la evolución de las ideas. Su grosera mercantilización, su sometimiento a intereses de orden rigurosamente material, restringen su acción a los límites estrechos de una chatura, una falsedad y una vulgaridad irremediables. La cultura es algo viviente, que vive al margen de las instituciones oficiales y de la publicidad millonaria y, muchas veces, en abierta contradicción con ellas. La historia de las ideas lo documenta con holgura. Este planteamiento, así, en líneas generales, de nuestro problema, sugiere la necesidad de una acción inmediata: hay que neutralizar la influencia nociva de las ideas falsas, el arte falso y la falsa literatura de que son vehículos generosos la radiotelefonía y los diarios y revistas de mayor difusión entre nosotros; hay que tomar contacto con los organismos, agrupaciones o sectores de cualquier índole en que la cultura tiene en el país, su natural residencia, hay que contribuir a la difusión y discusión de las ideas que la actualidad del mundo y del país sugiere a las mejores inteligencias, hay que contribuir a la formación del gusto estético de nuestro público, despertar el interés por las artes y las cosas de la inteligencia, estimular la creación artística local y auspiciar todo lo que en nuestro medio o en el país signifiquen defensa o acrecentamiento de los intereses de la cultura...».⁸⁸

Un primer punto a destacar en este diagnóstico cultural, es la percepción de la propia realidad como realidad local, es decir, como realidad periférica que visualiza lo propio en tanto límite para constituir una cultura en el sentido letrado de la misma. Esta situación de desigualdad en el acceso a los bienes simbólicos, se agrava –según la declaración– por el hecho de que sólo llegan a este mundo interior, los mensajes que traen los medios masivos de comunicación del momento. De este modo, la radiotelefonía, los diarios y las revistas de gran tiraje, son visualizados como alternativas mediáticas donde la cultura, o bien se degrada –en la medida en que sólo refleja los intereses del mercado–,

⁸⁸ Libro de Actas del Ateneo de Cultura Popular de Tandil. Acta N° 1, 23-02-1935, t. I, f. 1-3. (AHN)

o se vuelve incompleta, dada la escasa capacidad de estos medios para reflejar las dimensiones de lo nuevo. En este sentido, los argumentos de los integrantes del Ateneo de Cultura Popular recuerdan los que desarrollará el CVIA, cuando Vigilancia proponga que el Frente Popular francés tome medidas de prohibición para que los nuevos medios de comunicación cumplan una tarea pedagógica de carácter intelectual ante la clase obrera, y no exclusivamente de entretenimiento.⁸⁹

La propuesta de los integrantes del Ateneo podría sintetizarse en los términos siguientes: por un lado, la necesidad de la actualización cultural se llevaría a cabo mediante la vinculación con organismos y agrupaciones diversas, sobre todo de Buenos Aires. Y por el otro, intentando contrarrestar lo que ellos llaman «la influencia de las falsas ideas, el arte falso y la falsa literatura», es decir, asumiendo el rol de educadores culturales ante la civilidad. En este sentido, y más allá del tópico del pedagogismo civil en tanto elemento articulador de las diferentes experiencias antifascistas descritas, la evaluación del estado cultural que hacen los integrantes del Ateneo de Cultura Popular se inscribe en la tradición dominante en el mundo local acerca de las nociones sobre cultura y rol intelectual, una tradición incitada por el peso político y relacional del que aún gozaban los líderes del radicalismo filiados en una matriz de pensamiento masónico de larga data. De allí, que se planteen desde sus inicios un programa de actividades que por cierto resultaba sumamente ambicioso y que en algún sentido reeditaba un conjunto de tópicos muy afines a la masonería decimonónica y a la idea del intelectual como publicista, incorporando como elemento distintivo la exaltación del espíritu de lo nuevo. El programa de actividades incluía la

«Formación de una biblioteca circulante de buenos autores argentinos y extranjeros, y de publicaciones que reflejen la actualidad del mundo, la evolución de las ideas, las nuevas corrientes estéticas, literarias; la organización de conferencias periódicas sobre temas artísticos, literarios, filosóficos, etc., a cargo de escritores, críticos y publicistas locales, argentinos o extranjeros de indudable solvencia intelectual; la organización de conciertos, exposiciones de artes plásticas y exhibiciones cinematográficas de calidad artística; la organización de conversaciones, lecturas y debates periódicos entre los asociados y simpatizantes acerca de temas de interés para la inteligencia; la publicación de un boletín mensual del Ateneo, en que se registre la acción que realiza y se refleje el pensamiento de sus asociados y amigos, y el desarrollo de la crítica afirmativa y negativa, por medio del boletín y de las publicaciones locales, de los acontecimientos locales e iniciativas que merezcan la atención de los miembros del Ateneo».⁹⁰

⁸⁹ E. et G. Lefranc, «Radio et Culture», *Vigilance*, (Bulletin du CVIA), N° 53, 11 mai 1937, p. 20.

⁹⁰ Ídem, p. 4.

En el marco de estas definiciones, a principios de 1935, Magrini y Salceda, presidente y secretario respectivamente del Ateneo, comenzaron a publicar en el diario liberal Nueva Era, la columna cultural «Hojeando y Ojeando», inaugurando de este modo lo que definían como la práctica de la crítica afirmativa y negativa, aunque desde algunos meses atrás, Salceda ya participaba con sus escritos culturales en Germinal, el semanario del Partido Socialista local. En efecto, Salceda comienza colaborando en Germinal el 30 de agosto de 1934, y seguirá hasta marzo de 1938. En la nota inicial se resume un comentario elogioso del libro del senador provincial Juan Nigro (socialista) intitulado «Por la cultura del pueblo», donde habla de la importancia de las bibliotecas populares en la educación social. Este dato, podría llevar a pensar en un Salceda originalmente «socialista», pero en una nota que publicara en noviembre de 1935 ya están presentes en Germinal y en un modo muy beligerante sus posiciones en favor del comunismo.⁹¹ En rigor, sus colaboraciones iniciales están vinculadas con los intereses de un joven que comienza a tener inquietudes intelectuales, y que encuentra un espacio a través del núcleo socialista. Germinal se dirige fundamentalmente a los obreros ferroviarios del barrio de la Estación donde también vive Salceda. Lo interesante es que a partir de las colaboraciones periodísticas de Magrini y Salceda en Nueva Era y en Germinal, se advierte una operación de selección y promoción de nuevos escritores y artistas, que comenzarán a formar parte de un patrimonio cultural diferenciado en los gustos y la acción literarios y artísticos de la minúscula izquierda cultural local, y que le otorgarán a estos «lectores» de un mundo cultural periférico un carácter muy particular. Así, autores como Henri Barbusse, Romain Rolland, Upton Sinclair, John Dos Passos, André Malraux, Tristán Marof, Jorge Icaza, Ilya Ehrenbourg, Ignacio Silone, Rafael Alberti, José Ingenieros, Aníbal Ponce, Enrique González Tuñón, y por cierto, Lenin, Bujarin y Marx, comenzarán a formar parte de la matriz intelectual del pensamiento antifascista en su dimensión comprometida, lo que evidencia también la extensión y difusión de los tópicos dominantes en los núcleos de la izquierda cultural de Buenos Aires.

Esta operación de selección literaria se vuelve más novedosa aun si se la compara con el gusto del lector local. En efecto, entre 1928 y 1945, los lectores de la Biblioteca Popular Juan B. Justo de Tandil, un apéndice del Partido Socialista, retiraron para su lectura una serie de volúmenes a partir de los que se puede observar la primacía por el gusto de la literatura de entretenimiento. Más del 50 % de las elecciones se canalizaron hacia las novelas de aventuras, exóticas y policiales, junto a las novelas de corte sentimental, los relatos de viajeros y los otros géneros de la ficción literaria. De «El conde de Montecristo» de Alejandro

⁹¹ «Stalin y Mussolini», en: *Germinal*, Tandil, 07/11/1935.

Dumas al Salgari de «El tigre de la Malasia», los socios no dejaron de leer tampoco a Paul Feval y «Los amores de París». «Las aventuras de Buffalo Bill» de W.F. Cody y «De la tierra a la luna» de Julio Verne. La novela sentimental está presente básicamente en autores como Xavier de Montepin y Carolina Invernizio, y también en otros más folletinescos aún, vinculados a la propuesta de La Novela Semanal, como Pedro Sonderéguer y Rosalba Aliaga Sarmiento. Si bien en el 15 % del resto de las elecciones, no están ausentes en los retiros los libros de los dirigentes socialistas más importantes del momento —Nicolás Repetto, Enrique Dickmann y Mario Bravo—, esta proporción no alcanza a invertir el dominio de la literatura de evasión y el peso en el gusto literario de un autor como Hugo Wast y su novela «Desierto de piedra». En rigor, lo que indica el comportamiento en los retiros de volúmenes es la incidencia del criterio de consagración literaria. En las elecciones de los socios de la Biblioteca Juan B. Justo, la opción por la literatura consagrada se impone estrepitosamente sobre «lo nuevo», tanto europeo como nacional,⁹² mientras que en los miembros del Ateneo de Cultura Popular, el Malraux de «La condición humana», el Upton Sinclair de «Petróleo» y el Silone de «Fontamara», entre otros, aparecen como el máximo posible de la versión engañada de la literatura.⁹³

En junio de 1935, el Ateneo organizó el 1º Salón Anual de Tandil. La exposición, además de contar con las obras de plásticos locales, incorporó las del pintor Juan Carlos Castagnino y un cuadro de Emilio Pettorutti, gracias a los fluidos contactos que se mantenían con Córdova Iturburu.⁹⁴ También a partir de este salón pictórico, se pueden observar con claridad los criterios de legitimación que de ahora en más guiarán gran parte de la crítica de las expresiones artísticas locales: la idea de un arte «comprometido» se vuelve el tópico clave en el criterio de legitimidad de la crítica, de allí que el cuadro premiado fuera uno titulado «Viviendas proletarias»: «el arte —escribe Salceda en *Germinal*— como expresión de belleza y de emoción estética es divino, pero en función emancipadora de la masa, es santo».⁹⁵

En octubre de 1935, invitado por el Ateneo, Aníbal Ponce ofreció dos conferencias en la sala de un cine local. Bajo el sugestivo título «La Nueva Rusia», ambas disertaciones incluyeron un relato de las experiencias recogidas en su

⁹² Ricardo Pasolini, «Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares. La Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945», en: *Anuario del IEHS*, 12, Tandil, UNICEN, 1997, pp. 391-392.

⁹³ El carácter de Thomas Mann de perseguido político del nazismo, llevó a Salceda a incorporarlo en el panteón de los escritores ilustres, a partir de un fino comentario de *La montaña mágica*, pero también señaló que más allá de ser «uno de los cerebros privilegiados

contemporáneos», Mann lejos estaba de ser un comunista o un revolucionario. Cf. Juan A. Salceda, «Thomas Mann y el tiempo», columna Hojeando y Ojeando, *Nueva Era*, 15/06/1935.

⁹⁴ Libro de Actas del Ateneo de Cultura Popular de Tandil. Acta N° 3, 02/06/1935, t. I., f. 5-6. (AHN)

⁹⁵ «Exposición del Ateneo de Cultura Popular», *Germinal*, Tandil, 11/07/1935.

viaje por la Unión Soviética, y luego, se proyectó «El delator», un filme dirigido por John Ford basado en la obra del escritor irlandés Lian O'Flaherty, para pasar finalmente al debate público.

En la presentación del disertante, el doctor Magrini consideró oportuno hacer pública la posición de la entidad cultural. Afirmó que ante el avance de las fuerzas negadoras de la cultura, era hora de definiciones, y que el Ateneo no podía mantenerse indiferente: la cultura debía ser, entonces, «antifascista, antiguerrera y antiimperialista».⁹⁶

Si en febrero de 1935, los integrantes del Ateneo definen bajo el término aislamiento los problemas de la cultura local, para octubre de ese año, la solución que trajo consigo la incorporación a una red cultural más amplia que el mundo local, los encuentra definitivamente embanderados en las posturas antifascistas. Así, ese mismo mes, la comisión directiva recién electa en asamblea decidió informar su composición a la AIAPE, y «ponerse a sus órdenes».⁹⁷ De allí en más, la dinámica de la entidad madre, terminará por orientar los intereses básicos del Ateneo, sin duda, porque dos de sus integrantes, Magrini y Salceda, desde los orígenes de la institución y desde los lugares directivos ya han establecido sus opciones relacionales e ideológicas.

En diciembre de 1935, se estableció contacto con el Comité Antifascista de Buenos Aires, y se decidió enviar la adhesión del Ateneo.⁹⁸ En su columna «Hojeando y Ojeando» de Nueva Era, Salceda reflejó de este modo la importancia que cobraba la actualización cultural:

«El llamado de Romain Rolland al mundo, desde su puesto de presidente del Comité Mundial de Ayuda a las Víctimas del Fascismo, ha hallado eco en Buenos Aires, donde un grupo de los mejores valores intelectuales argentinos, encabezados por José Peco, Augusto Bunge, Julio A. Noble, Aníbal Ponce, Emilio Ravignani y cientos más, han respondido, formando una filial en la Argentina para auxiliar a los perseguidos y encarcelados por los regímenes fascistas. Esto es ya manera concreta de combatir la guerra, combatiendo al fascismo, autor de guerras y sojuzgador de pueblos».⁹⁹

En enero de 1936, el Ateneo distribuyó en la ciudad alrededor de trescientos ejemplares de un manifiesto del Comité Antifascista de Buenos Aires, y decidió formar una subcomisión denominada «amigos de Frente», periódico antifas-

⁹⁶ «El acto del Ateneo de Cultura Popular», *Nueva Era*, 10, 21/12/35, t. I., f. 15. (AHN) 14/10/1935.

⁹⁷ Libro de Actas del Ateneo de Cultura Popular de Tandil. Acta N° 8, 26/10/35, t. I., f. 13-14. (AHN)

⁹⁸ Libro de Actas del Ateneo de Cultura Popular de Tandil. Acta N°

⁹⁹ Juan Antonio Salceda, «Sucesor de Barbusse: Romain Rolland», Columna Hojeando y Ojeando, *Nueva Era*, 14/12/1935.

¹⁰⁰ Libro de Actas del Ateneo de Cultura Popular de Tandil. Acta N° 12, 13/01/36, t. I., f. 17. (AHN)

cista.¹⁰⁰ También en ese mes, Salceda publicó un breve artículo en *Unidad*, la revista de la AIAPE, en tanto representante de la filial de Tandil.¹⁰¹

Sin embargo, en marzo de 1936 el Ateneo de Cultura Popular dejó de actuar públicamente. El libro de actas de reunión de comisión directiva culmina con la del 1º de febrero de 1936 y no hay allí referencia alguna a un conflicto latente o manifiesto. ¿Qué motivó la desaparición de esta institución cultural? El texto oral da una respuesta al respecto que presenta algunos indicios interesantes:

«Nos cerraron cuando proyectamos la película «Éxtasis», en la sala del teatro Cervantes. En una parte de esa película, la protagonista actuaba desnuda... ¡Imagínese lo que era trasmitirle eso a la gente de Tandil, en aquella época! La película era muy interesante, era un canto a la vida y un símbolo de la libertad individual. Pero las fuerzas conservadoras nos pusieron los puntos: el cura Chienco tenía influencias en la población, y nos cerraron el Ateneo. Nos tacharon de comunistas, y no nos apoyó nadie...[...] Estábamos pasando el sarampión marxista. Sólo éramos un grupo de jóvenes con la inquietud de activar el ambiente cultural... La revolución del 30, reaccionaria, militarista, conservadora, nos había impactado. Había que hacer algo, entonces creamos el Ateneo. De todos modos, no queríamos intervenir en las contiendas políticas, porque entendíamos que el movimiento cultural era superior al político».¹⁰²

El relato del doctor Magrini acerca de los motivos de la clausura, resulta muy ilustrativo porque permite pensar en un marco normativo y relacional extendido que impone límites a la recepción de los discursos. El hecho de que la proyección del film donde se mostraba un desnudo femenino fuera visualizado como una conducta social transgresora que afectaba a la sensibilidad católica no parece del todo extraño en un contexto ideológico más general donde las polarizaciones fueron muy potentes a favor del comunismo o del fascismo, y en donde los jóvenes son percibidos como actores sociales nuevos y sospechosos. Es posible también, que la proyección del film afectara la sensibilidad de sectores no necesariamente católicos y que el exhibicionismo en los tópicos de la cultura antifascista se volviera un elemento que conspirara en la movilización de aliados en un contexto conflictivo.

Que los integrantes del Ateneo de Cultura Popular intentaban convertirse en una nueva generación intelectual local en algún sentido beligerante, es más que evidente, y quizás en la identificación de estos jóvenes como compe-

¹⁰¹ Juan Antonio Salceda, «La verdadera cruzada», en: *Unidad. Por la defensa de la cultura*, Año I, Nº 3, enero de 1936, p. 4.

¹⁰² Entrevista del autor con el doctor Víctor Magrini, 21/01/96.

tidores culturales e ideológicos se deba la ausencia casi total de apoyo ante la clausura del Ateneo. Así puede entenderse mejor por qué Salceda y Magrini se despidieron de los lectores de Nueva Era en la última columna de «Hojeando y Ojeando», sosteniendo en tono no menos conflictivo que su propuesta sobre todo no había sido entendida por quienes se consideraban el pequeño grupo ilustrado de la cultura local.

«[...] Empezamos arrojando a la superficie quieta de la ciudad confiada, la piedra de nuestro disconformismo social. Se nos empezó mirando con los ojos tolerantes. Hoy se nos mira con ojos sospechosos. No tenemos la sección para halagar los oídos circunspectos de las mujeres puras y los hombres pulcros. Decimos nuestra verdad como sale, sin eufemismos que engañan, ni pleitesías que humillan. Y la firmamos [...]

Entre hacer concesiones al minúsculo público ilustrado o seguir la ruta de la verdad, hemos preferido ésta. Sabemos que algunos trabajadores nos leen y nos discuten. En este sentido hemos acusado progresos. Esto nos satisface bastante. Antes que ser sonámbulos complacientes, preferimos ser compañeros de las masas, que quieren para sí el MUNDO ENTERO, según la expresiva frase de Jean Cassou».¹⁰³

Para ellos no extrañaba el comportamiento del cura párroco José M. Chienno quien desde el semanario católico La Revista se había convertido en el portavoz más claro de la derecha local, sino el de unos aliados, los dirigentes radicales, que parecían cercanos ideológica y relacionalmente, pero que optaron por dejarlos momentáneamente en cierta soledad social.

CONCLUSIONES

La experiencia del Ateneo de Cultura Popular sin duda fue efímera, pero de gran impacto local, pues a partir de ella se articuló un tejido relacional que, por una parte, tendrá gran importancia en el devenir social e intelectual de Salceda, pues se convertirá en una figura de gran relieve cultural y un ejemplo extremo de ascenso social, a partir de su tránsito de almacenero a escritor «que publica en Buenos Aires».¹⁰⁴ Este hecho se concreta en 1953 con la publicación por parte de la editorial Lautaro de su libro *Prometeo, el humanismo del mito*,¹⁰⁵ un ensayo muy bien recibido por Martínez Estrada y toda la crítica de los intelectuales del PCA, en donde se identificaba a la URSS con el nuevo héroe prometeico que ro-

¹⁰³ Juan A. Salceda, «Balance y despedida», Columna Hojeando y Ojeando, *Nueva Era*, 21/03/1936.

¹⁰⁴ Ricardo Pasolini, *Itinerario de un almacenero. Izquierda intelectual, redes sociales y representaciones sociales: Juan Antonio Salceda, 1935-1953*, Secretaría de Investigación y Posgrado/

Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro, Tandil, 2001.

¹⁰⁵ Juan Antonio Salceda, *Prometeo, el humanismo del mito*, Buenos Aires, Editorial Lautaro, 1953.

baba el fuego a los dioses para dárselo a los hombres. Esto es, un elogio de las capacidades tecnológicas de la Unión Soviética como liberación humana de la naturaleza, una idea que con otras operaciones intelectuales reedita en los '50 los contenidos particulares del antifascismo que Ponce cristalizará a mediados de los años '30.

Más tarde, Salceda se convertirá en uno de los biógrafos de Aníbal Ponce,¹⁰⁶ publicando también en Cuadernos de Cultura y en las editoriales del PCA (Editorial Procyón, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, etc.). Así, alcanza definitivamente el lugar de intelectual del Partido, y en 1975 logrará el ansiado sueño de viajar a la URSS.

Hacia 1953, el ideal del ascenso social por la vía de la cultura –que fue un tópico dominante en los sectores medios y populares de la Argentina del período– se vuelve también un elemento de legitimación de la posición ideológica de Salceda al nivel local, algo así como un «self made man» en clave comunista.

Por otro lado, este tejido servirá durante los futuros 25 años, como uno de los medios de actualización cultural en provincia, a partir de la experiencia del Ateneo Rivadavia (1942-1960), ámbito donde pesó grandemente la acción cultural de Magrini, y sobre todo de Salceda, quien desde ese espacio articulará la circulación de los escritores comunistas de Buenos Aires, desde Agosti, Troise, Barletta y Álvaro Yunque, hasta Gerardo Pisarello, Raúl Larra, Gudiño Kramer y los republicanos en el exilio León Felipe y Rafael Alberti, entre otros.

Si bien en la AIAPE no vemos el lugar de articulador de alianzas intelectuales y obreras que pretendió concretar en la estrategia del frente popular –sobre todo por la naturaleza propia de esta agrupación como por el lugar que ocupaba en el ámbito estrictamente político, de una alianza dominada por el radicalismo–, sino que aquí el espacio antifascista se convierte en un lugar primero de unión intelectual y luego de promoción para intelectuales recién llegados al mundo de la cultura. Así todo, una serie de operaciones culturales e ideológicas novedosas, entre ellas la articulación entre elementos de la tradición liberal argentina, la referencia nacional y un horizonte de desarrollo social que ve en la URSS el modelo sustitutivo de progreso, sentarán toda una línea de pensamiento, o mejor, un estado de la sensibilidad ideológica que tendrá gran peso interpretativo incluso más allá del ámbito específico del mundo intelectual comunista en Argentina. La primera noción de esta línea considerará fuertemente que el rol intelectual sólo se legitima en la prosecución del ideal revolucionario, por ende, en una versión de la cultura fuertemente pedagógica (que a veces polemizó con las

¹⁰⁶ Juan Antonio Salceda, *Aníbal Ponce y el pensamiento de Mayo*, Buenos Aires, Editorial Lautaro, 1957.

propias vanguardias de la izquierda fundadas en la noción de un arte proletario), y una idea de los intelectuales como apóstoles laicos. La segunda noción se relaciona con el rescate de una tradición intelectual y política argentina en la que se establecía una genealogía del antifascismo y el comunismo argentinos que encontraba sus orígenes en el sueño frustrado de Mayo y llegaba hasta José Ingenieros y la Reforma Universitaria pasando por la Generación de 1837. Finalmente, y muy ligada a la anterior, la noción de que en el devenir de esta tradición el destino argentino se encontraba con una salida inevitable en el socialismo, sobre todo porque el fascismo era considerado como el canto del cisne del capitalismo.

Parece evidente que esta versión del antifascismo pugnó por encontrar el fascismo local, y no siempre pudo identificarlo con claridad, de tal suerte que muchas de sus referencias parecieran estar dominadas por marcos de referencia internacionales, aunque el «fascismo criollo» fue identificado como tal fundamentalmente en las políticas represivas en el ámbito educativo de los gobiernos de Uriburu y Justo. También parece evidente que el golpe militar de 1943 y la posterior asunción de la figura de Perón otorgó los elementos finales de identificación del fascismo vernáculo que estos intelectuales estaban buscando desde 1935.

En síntesis, entre afectividades ideológicas, organizaciones políticas y sociabilidades diversas, la experiencia de la cultura antifascista argentina devela toda su complejidad: una dinámica temporal particular que excede el devenir de la oposición al fascismo europeo, una común disponibilidad semántica para pensar los orígenes nacionales y los horizontes utópicos que acercaron a comunistas con liberales, una construcción identitaria colectiva pero también autobiográfica, donde el momento antifascista se vuelve la instancia fundamental del ingreso a la sociabilidad comunista. Es decir, el antifascismo de entreguerras deviene el antecedente movilizador de unas afectividades ideológicas que condujeron finalmente a la construcción de una identidad comunista y a definir gran parte de su cultura política.

Registro bibliográfico

PASOLINI, RICARDO

«Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XIV, Nº 26, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2004 (pp. 81-116).

Descriptorios · Describers

cultura antifascista / intelectuales / comunismo / tradición liberal
antifascist culture / intellectuals / communism / liberal tradition